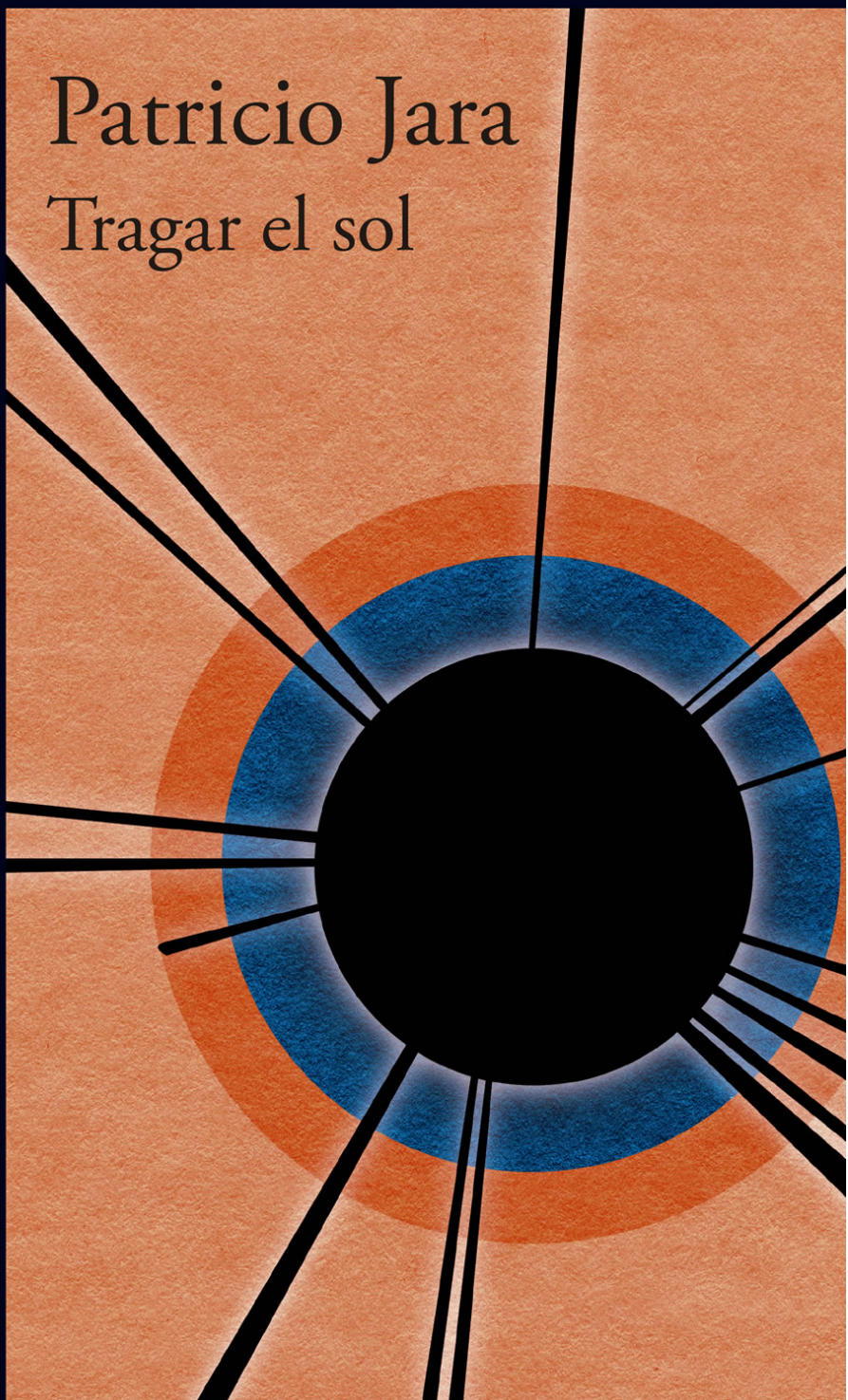
ALFAGUARA

Patricio Jara

Tragar el sol



Narrativa Hispánica

Índice

Cubierta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo
Créditos

Cerremos los ojos y veamos qué pasa.

JIMMY GREAVES

Capítulo 1

Una vez escuché decir que la diferencia entre un valiente y un cobarde es que el valiente arranca para adelante. O quizás hayan dicho héroe antes que valiente. No estoy seguro ni es mi caso. Yo no arranco. Me voy para siempre, más bien. A algunos les parecerá tan sorpresivo que puedo entender sus comentarios. Pero cuidado: arrancar es salir rápido, a empujones si es necesario, por los techos. No tengo ni tuve la necesidad. Y si algo debo decir a mi favor después de haber tomado del cuello a ese estudiante que colmó mi paciencia en mitad de la clase, lo cual puso término a mi vida de profesor de un modo más espectacular de lo que pueda imaginarse, es que abandoné la sala según indica la señalética en caso de incendio o terremoto: con paciencia, con calma, sin gritar, sin correr. Subí las escaleras de la facultad a paso lento y con la respiración y pulso normales. Dejé la carpeta del curso en el casillero, también el plumón de pizarra. Entré a mi oficina y apagué el computador. Supuse que los colegas con que compartía el espacio hacían clases a esa hora. Cerré la puerta y me despedí de la secretaria como tantas veces durante los años que fui profesor: levantando en silencio la palma de mi mano derecha. Todo esto, lo habrán notado, es distinto de arrancar. Quien arranca entra en una constante. En cambio, yo me fui, corté, desaparecí y sobre esto quiero decir dos o tres cosas.

No recuerdo si en la salida del edificio me topé con alguien. Tal vez saludé a uno que otro estudiante en el pasillo. Eso habrá sido. Un par de minutos después estaba en el andén del metro buscando una manera rápida de llegar a la estación Pedro de Valdivia. El vagón al que subí no estaba lleno. De hecho, había varios asientos disponibles, aunque preferí apoyarme en un rincón y cerrar los ojos. A medida que pasaba las estaciones me sentía como un animal que va perdiendo capas de piel, como un coleóptero que renueva su blindaje.

Salí del carro con un peso en las piernas y pensé que sería incapaz de subir las escaleras. Pero avancé. A esas alturas no tenía otra chance

que avanzar. Llegué hasta la agencia de viajes y me senté frente a una señorita vestida con ropa formal y pelo corto. Le dije que quería un pasaje a Miami. El más barato que tuviera. No importaba la línea aérea ni la cantidad de escalas. ¿Fecha de ida? Mañana. ¿Fecha de regreso? Cualquiera. La que usted quiera. No habrá regreso.

La idea de llegar a Miami no ha sido por Miami. En lo absoluto. Me parece que es de esa clase de lugares de los que hablan tanto que quitan las ganas. Estaré allí lo que demore en tomar un bus que me lleve a Tampa, la única ciudad que conozco fuera de Chile y por lo tanto el único sitio que puede servirme de refugio hasta que decida qué diablos hacer. Por suerte la visa no ha caducado. La vez anterior llegué en un vuelo interno pagado por la universidad. Ahora no será así. Tampa está a casi cuatro horas por tierra hacia el noreste de Miami. Pero eso es en auto y directo. De seguro el bus hará un recorrido largo, entrando y saliendo de otras ciudades para dejar o recoger pasajeros.

La señorita que me atiende en la agencia se llama Maitén. Tiene su nombre en una piocha plateada y rectangular. Además del tatuaje de un pez neón en su muñeca derecha. Hay que ser muy decidido para entintarse la piel. Nunca me atrevería. Soy demasiado perfeccionista o quizás tan inseguro que lo estaría corrigiendo todas las semanas hasta transformarlo en otra cosa. Maitén ha estado diez minutos buscando opciones en su computador e hizo un par de llamadas a sus contactos en líneas aéreas para confirmar los datos que tiene en pantalla. Son pocas las agencias de viajes que hoy quedan. Digo las pequeñas. La primera vez que viajé a Estados Unidos, el administrador de la facultad compró los pasajes a esta misma oficina y me dijo que había ahorrado cien mil pesos a la universidad. Era un hombre comprometido con el buen uso de los recursos de la educación, un patriota ejemplar.

«Esto es lo disponible», dice Maitén y me muestra una hoja impresa. Hay nombres de líneas aéreas, números de vuelo, fechas, horas y precios. Mientras me explica, va haciendo círculos y subrayados con un plumón rojo. La más económica tiene escalas en Perú y Panamá. Acepto lo que me ofrece.

«Tuvo suerte», dice Maitén. «Con los pasajes de un día para otro

nunca se sabe: son muy escasos, muy caros o a veces muy baratos. En un minuto pueden costar el doble o la mitad del precio original».

Le extiendo mi tarjeta de crédito. Calculo que tiene el cupo suficiente. Cuando pase un mes, y no haya pagado la compra, supongo que el banco se encargará de cobrarme por dentro. Revisarán mis antecedentes, investigarán mis movimientos, mi comportamiento de cliente, calcularán multas. No será difícil. Chile está lleno de ingenieros comerciales. Si sobra molido después de aplicarme el castigo del caso, que se lo guarde el banco, el estado o quien se interese en mi herencia.

«Gracias, Maitén», le digo y salgo con mi pasaje dentro de un sobre plástico que humedece mi mano. Ahora necesito un computador para hacer la reserva de hotel. Cualquier latino que quiera entrar a algún país del hemisferio norte debe demostrar que será por poco y no dormirá en la calle.

Pero antes suena el teléfono.

Es Arturo Chong, el director de escuela.

No le contesto.

Envía un mensaje de texto.

Dice:

No lo puedo creer.

Y luego:

Te voy a cortar los cocos.

Le respondo:

Se lo merecía. Usted habría hecho lo mismo. Ahora me voy. Gracias por todo.

Un minuto después:

Dónde te vas. Tienes que venir a resolver esto.

Yo:

Es lo mejor. Me voy a Japón.

Vuelve a sonar el teléfono.

Chong me va a gastar la batería si sigue así. Le corto. Entro a un local de llamados larga distancia y computadores con internet separados por cortinas. Me asignan un tarro infecto, con el teclado pegajoso y la pantalla manchada, salpicada con algo que se secó hasta formar una leve costra, como un glaseado de bacterias muertas. Por

suerte la página del Aloft carga rápido. Tiene habitaciones disponibles. Reservo cinco noches. Gracias a un formulario que de patudo llené la primera vez que estuve allí, pude ingresar a una suerte de club de huéspedes y no me cobran por adelantado. Eso me salva. Además, hacen un descuento si avisas que pagarás en efectivo. El trámite es rápido. No llevo perro ni gato ni necesito nada especial en la habitación. Lo que sigue es convertir en dólares los pesos chilenos que en este instante tengo en los bolsillos y regreso hacia la esquina de Providencia con Pedro de Valdivia, donde hay seis casas de cambio. Recorro sus pizarras. Todas tienen el mismo precio. No sé cómo compiten por conseguir clientes si no mejoran la oferta. Al final entro a la más modesta. La ventanilla es de madera rústica. Parece la caja de una amasandería. Paso toda la plata y un flaco de corbata y cara de sueño me entrega dos billetes de cincuenta dólares, uno de diez y cuatro de uno.

Vuelto: veinte pesos.

Antes de subir al avión cambiaré el resto de mi dinero. Lo tengo guardado en la casa y es bastante más. Cuando vives solo y eres soltero, ahorrar es un deber moral. Tengo billetes enrollados con elástico y también una bolsita de género con monedas de quinientos pesos recolectadas por un año. Todo está dentro de una caja de bombones Ferrero Rocher que me regaló una alumna al final de su examen de grado. Más bien fue un obsequio de sus padres. De la decena de proyectos que dirigí en la universidad, esos bombones y una botella de Casillero del Diablo han sido los únicos obsequios que he recibido en mis años como profesor. No los esperaba, claro, y entendí que eran muestras de gratitud por el empeño que puse en que los chicos llegaran a tiempo y de manera aceptable a presentarse ante la comisión examinadora. En ambos casos los gestos vinieron de quienes menos necesitaron de mi ayuda. Los chocolates y la botella eran de alumnos que trabajaron a la primera y a los que no fue necesario decirles qué debían hacer.

Han pasado tres horas desde el episodio de la sala de clases y estoy en condiciones de salir del mapa. Aunque antes necesito deshacerme de lo que tengo en el departamento donde vivo y entregar las llaves a su

dueña, de manera que lo primero que hago de regreso a casa es llamar a un alumno a quien le tengo bastante aprecio. Se llama Anthony Castillo y está en su último semestre. El año pasado lo ayudé postular a una beca en Francia, pero no le resultó, no lo aceptaron. Anthony siguió estudiando muy a su pesar, sin la misma motivación, y verlo tan abatido me conmovió. Se esforzaba mucho, tenía la beca de alimentación, la de fotocopias, la de compra de libros. Se hizo la ilusión de quedar seleccionado y fue tan duro el golpe por el rechazo que sus compañeros lo vieron llorar en el baño. Anthony había destacado como dibujante y postuló a un taller con coloristas excepcionales, tipos a los que admiraba desde antes de la universidad, cuando era un freak de las historietas francesas. Me dieron ganas de decirle que él era tan talentoso que no necesitaba ir a ese curso para aprender lo que quería aprender; estaba tan por sobre la media que, si se disciplinaba, podría lograr lo mismo observando el trabajo de otros y dándose tiempo. La vuelta sería más larga, pero iba a llegar igual.

Tenía la esperanza de que a Anthony le fuera bien. Poco antes hice una carta similar que resultó perfecto. Fue a una chica que postuló a un máster en Madrid. Le puse mucho empeño a los argumentos de por qué debían aceptarla en el programa. Lo único que le pedí a cambio fue que visitara el Museo del Prado, buscara *El triunfo de la muerte* y escribiera contándome sus impresiones. No quería un ensayo ni nada parecido. Solo sus ideas, sus comentarios. Era la oportunidad de contrastar las enseñanzas de mi curso con la realidad. Por supuesto que nunca lo hizo.

Saco el número de teléfono de Anthony de un correo en mi Gmail (es de los que se identifican en el pie de firma con la palabra *estudiante* y agregan otros datos personales). Anthony se sorprende al escucharme. Le pregunto qué está haciendo en este momento, dónde vive y si tiene auto. Dice que vive en el centro y no tiene auto, pero su polola sí y está con ella en ese instante. Están viendo una película.

«¿Qué película?».

«*El planeta de los simios*».

«¿Creen que puedan venir a Ñuñoa ahora mismo?».

«¿Le pasó algo, profesor? ¿Necesita ayuda?».

«Sí y le conviene. Me voy mañana fuera de Chile y no creo que

regrese. Venga a llevarse lo que quiera».

«Qué sorpresa, profesor».

«¿Se anima?».

«¿Y qué tipo de cosas son?».

«Lo que hay en un departamento de soltero».

Anthony pone una mano en el auricular para hablar con su novia. De todos modos se oye lo que le dice y las reacciones de la chica. Primero es un suspiro de exclamación y luego un grito emocionado. Entonces él vuelve al teléfono.

«Profesor, dígame la dirección y vamos ahora mismo».

Al cabo de media hora, Anthony y su novia llegan en un Kia Pop azul marino. Mi departamento está en el primer piso de un block pequeño y antiguo en la esquina de Campo de Deportes y José Domingo Cañas, cerca del Estadio Nacional. Los chicos tienen suerte y encuentran estacionamiento a pasos de la entrada. De hecho, los veo llegar a través de la ventana del living. Traen una maleta con ruedas, un bolso tubular y una mochila de excursionista. Ambos visten shorts y camisetas sin mangas. Es inicio de septiembre y poco a poco comienza a notarse el fin del invierno. Hace calor y, aparte del smog, pronto el aire se irá llenando de polen. A medida que comience la estridencia de las fiestas patrias, los ácaros que viven suspendidos en el aire se habrán convertido en un ejército implacable. Caerán sobre la población y no la dejarán en paz hasta diciembre, cuando sean reemplazados por los viejos pascueros y las ofertas de navidad.

Anthony tiene puesto un jockey hacia atrás, mientras que su novia se ha tomado el pelo haciéndose un tomate. Es una chica bastante robusta y con personalidad suficiente para usar ropa sintética ajustada. Todo es marca Everlast.

«Profesor», dice Anthony. «Le presento a Clarita».

Los chicos entran, se detienen en la mitad del living y miran alrededor. El departamento tiene dos habitaciones de similar tamaño. La primera la acondicioné como espacio de trabajo: un escritorio de melamina comprado en Homecenter (el computador portátil que hay encima me lo llevo), un minicomponente, un estante de latón con libros y parte del material que he usado para las clases dispuesto en carpetas. La segunda es mi dormitorio: una cama de una plaza, un

velador, una lámpara, un despertador y un televisor pequeño sobre una mesa de aluminio. Lo demás es esperable: una cocina con pocas cosas y un baño aún con menos cosas.

Contrario a lo que pensé, en vez de los libros, lo primero que meten al auto es el televisor, siguen con el microondas y el minicomponente. Recién en ese momento Anthony presta atención a la hilera de volúmenes de arte que hay en el estante, voltea la cabeza para leer el título en cada lomo y comienza a separar algunos sin mucha convicción.

«Lléveselos todos», le digo. «Si no los quiere, saca las hojas donde está mi nombre y los vende. Así puede comprar el DVD para la tele».

«Buena idea».

Anthony no entiende la ironía, pero Clarita sí y lo reta en voz baja:

«Cómo se te ocurre que los vas a vender, mata de huevas».

Anthony y Clarita se las ingenian para acomodar la carga en el auto. Parecen una empresa de mudanzas, con la única diferencia que entre ellos se tratan de Guatoncito y Guatoncita.

A poco de irse, Anthony saca su celular y me lleva a un lado. Quiere mostrarme lo que vio en Twitter antes de venir. Es un teléfono Sony con la pantalla trizada en un extremo.

«Es para que sepa, profesor. Por eso se lo muestro», dice complicado.

Leo:

El profe de seminario agarró del cuello a un huevón y le rompió el celu. Jajá.

Y luego otros comentarios:

Se lo merecía el pavo culiao.

Siiiiii.

Mejor le ubiera dado un tunaso en la cabeza.

O pegado con un palo con clavos.

O tirarlo a los caimanes. Jajadksjh.

La manza cagá. Vamos a salir en Chilevisión.

«Hay otros, profe. Son hartos».

«Y qué dicen».

«Comentarios no muy buenos: que es el colmo, que a usted deben echarlo».

Cuando los chicos se van, me doy cuenta de que no he parado en varias horas. Necesito descansar, sacarme los zapatos y tomar un café, pero se llevaron el hervidor. Ocupo entonces el agua caliente que sale de la llave del baño. He tragado mezclas peores.

Camino en círculos por la mesa del comedor mientras hablo por teléfono con doña Teresa, la dueña del departamento. Le explico que me gané una beca, un premio en el extranjero, y ha sido muy rápido e inesperado. No hay problema en que se quede con el mes de garantía. Que pague con eso las cuentas de luz y agua pendientes. El resto es suyo. Acordamos que a primera hora del día siguiente iré a su casa a entregarle las llaves.

Guardo el teléfono en el bolsillo y sigo paseándome con el tazón de café apenas tibio. El departamento no es tan grande para decir que camino con el eco de mis pisadas, pero la sensación es similar. Las ventanas están abiertas y las cortinas corridas hasta atrás. Cada cierto rato pasa alguien por fuera y mira hacia adentro. Aún falta para que oscurezca y más para que el camión de la basura haga su parada en la esquina. Lo esperaré en la puerta. Sus tripulantes terminarán de dejar esto vacío.

Capítulo 2

Estudié estética porque intuí que recibiría más herramientas para convertirme en pintor que si me matriculaba en artes plásticas. Más sustento intelectual, digo, asuntos sobre qué pensar, inspiración antes que la destreza técnica que conseguías en esos talleres de techos bajos, paredes frías y siempre sobrepoblados de mi campus.

La facultad se convirtió en el lugar que me llenó la cabeza de contenido. Iba a clases, a todas las clases y a todas las charlas. Aprendía como si recibiera alimentos para conservar en el invierno. Ir, escuchar, anotar. Y todo lo que escuchaba y anotaba me parecía asombroso porque yo quería ser pintor y para lograrlo había que saber y yo no sabía. A los dieciocho años mi índice de frustración era igual a cero y las cosas marcharon sin sobresaltos hasta la etapa final de mi licenciatura, cuando pese a mis esfuerzos por convertirme en artista terminé por darme cuenta de que no era bueno. No tenía malas ideas ni problemas de concepto. No me faltaba técnica. Mi dificultad era el nulo talento para mezclar aquellos elementos. Mis pinturas eran correctas: trazo correcto, correcta perspectiva, correcto uso del color, de la luz y del espacio.

Nada más que eso.

Cero genio.

Cero ingenio.

Yo no era Damien Hirst cuando joven. No era un muchacho abatido ante el peso de Francis Bacon y buscando otras formas de expresión que lo alejaran de su mayor influencia. Lo mío era bastante simple: sabía la diferencia entre posmodernidad y posmodernismo, era capaz de hablar media hora de sus diferentes características. Incluso, si me apuraban, podía decir unas cuantas ideas sobre la altermodernidad, la desaparición de los referentes locales y el pragmatismo estético que tanto gusta a los ingleses, pero nada de aquello servía cuando tomaba el pincel.

Aunque participé en grupos de arte y me anoté en talleres gratuitos

que ofrecían profesores destacados durante las vacaciones de invierno y en los veranos, pronto confirmé que mi gusto por la pintura y el esfuerzo no eran suficientes para lograr cuadros que provocaran en las personas más que un buen comentario por la técnica utilizada.

Pero no me rendí. Seguí intentándolo un tiempo. Me demandó un esfuerzo enorme, rompí muchas telas y quebré muchos pinceles. Quizás me sirvió considerar que esto no era una lucha contra nada. No había un enemigo al cual derrotar ni motivos para gritar victoria. Cuando triunfas, cuando ganas, cuando eres victorioso, tuvo que haber un oponente al que hayas derrotado. Y yo no quería derrotar a nadie. Solo quería pintar esperando el momento de ser tan bueno que no tuviera otra alternativa que seguir pintando. El problema, se ha dicho, fue que mis cuadros no provocaban nada en la gente. Los pintores trabajan para deshacer el mundo o borronearlo o transformarlo en algo diferente y a ratos tan reconocible. Nunca logré nada parecido. Siempre que me empeñé en un simbolismo terminaba asomado al vacío, a la reiteración, a la obviedad; cada vez que quise apuntar a la parte por el todo, al gran detalle, del otro lado no recibí respuestas, no hubo retorno, mientras que los trabajos exitosos, los celebrados, los que gustaban y arremolinaban gente a su alrededor eran aquellos donde no había tanta complejidad ni desafíos técnicos. Ofrecían otras cosas con las que lograban aprobación y que yo, con mi trabajo, no era capaz de conseguir.

Un día un curador dijo que a mis pinturas les faltaba aura. Así lo dijo: *aura*. Yo pensé que estaba bromeando, pero él insistía. No supo cómo definirlo. Por lo tanto, le faltaba aura.

En las ocho muestras colectivas en que participé debí soportar esa clase de comentarios. Cuando no, la indiferencia absoluta. Además, comparado con muchos de mis compañeros de generación, nunca nadie me preguntó precios con intenciones evidentes. Qué iba a reclamar, qué iba a decir, si por lo visto ellos tenían la razón: aunque no hicieran nada nuevo, aunque la mayoría copiara con descaro a extranjeros de otras épocas o incluso contemporáneos, tenían la receta y pronto se hicieron de un pequeño nombre. No importaba que hubieran entregado apenas una hora antes de la inauguración de la muestra ni que pintaran en el trasnoche, apurando la tela con secador

de pelo para cumplir y así no perderse la oportunidad de vender. Porque sabían que iban a vender, de todas maneras iban a vender.

De aquellos que me comentaron mal, a quien más recuerdo es al curador que habló de mi falta de aura. El momento ni siquiera dio para un diálogo. Me informó, así de breve, la razón por la que no me incluía en una muestra de arte joven organizada por cerveza Corona. Era en una galería ubicada en Vitacura y ninguno de nosotros vivíamos ni en Vitacura ni en ninguna comuna parecida. El más pituco era de Manuel Montt al llegar a Santa Isabel. Lamenté no haber calificado. Habría sido una buena opción para estar con quienes yo sentía que eran mis pares, pero ese curador, a quien algunos trataban como un sabio de Lastarria, como un príncipe de José Miguel de la Barra, no lo quiso. Él era el responsable contratado por la marca y por lo tanto decidía quién sí y quién no. Estoy seguro de que en su vida había tomado un pincel y, así y todo, estaba allí para dar garantía de su buen gusto. Por lo mismo, su nombre era destacado por sobre el listado de expositores. Se vestía siempre de la misma manera: chaqueta café, pantalón café y camisa blanca. Aunque se encargaba de decir que tenía muchas chaquetas café, muchos pantalones café y muchas camisas blancas.

El tipo deambulaba siempre por la facultad. Era amigo de varios profesores y podías verlo en el casino tomando cortados a media mañana. Tan familiar se hizo por su vestimenta que terminaron bautizándolo como el Chocolito.

«Solo falta meterle un palo en la raja», añadió una compañera a la que también dejó fuera de una muestra.

Gracias a él en Chile la palabra *curador* comenzó a desplazarse a otros ámbitos de las artes y ya no fue tan exclusiva. Cualquier cosa podía tener un curador o bien un comisario, que era lo mismo: si ese personaje te consideraba, si le resultabas atractivo (en el sentido amplio de la palabra), te hacías visible y eras bienvenido al club. En cambio, si él no te miraba, nadie te iba a mirar. Esas eran las reglas.

Nuestra facultad en aquellos años tenía prestigio. Las carreras de artes plásticas, diseño gráfico y estética eran parecidas a un semillero. Eso atraía a coleccionistas aficionados, dueñas de galerías pitucas, editores, guionistas, directores de teatro, uno que otro mecenas y uno

que otro zorro que sospechaba que comprar arte en Chile era una inversión rentable. Esa imagen de la facultad fue construida con el empeño del departamento de extensión. Había talento, pero lo que sobraba era onda. Cualquiera medianamente informado o que hubiese mirado atento los productos, en especial las pinturas, habría notado que algunos tenían muy poco de originalidad y mucho, por decirlo suave, de *marcadas influencias*. Uno que saqueaba palmo a palmo a Basquiat. Otro le robaba con descaro la paleta de colores a Keiichi Tanaami y no se decía palabra porque nadie conocía las ilustraciones de Keiichi Tanaami.

Aunque el caso extremo era la chica que se había metido en la cartera de Marion Peck y pasaba por única y original sin que repararan en que le copiaba las formas, los tonos, la composición, los temas. Era increíble. Pero ella tenía apellido compuesto y familiares políticos desde 1810 en adelante. Estaba tan llena de contactos y de atención mediática que se convirtió en esa clase de personas a las que nunca nada malo podría ocurrirles en la vida, esas que siempre caen paradas y hasta sus desgracias las capitalizan. No sé cuántos de los que escribían de ella en la prensa habían visto un trabajo de Marion Peck. En un país donde gran parte de la industria cultural y de los medios de comunicación son la industria de la copia (los equipos creativos de los canales de televisión y de las revistas y los suplementos que vienen con los diarios tienen la responsabilidad fundamental de decidir qué copiar) las similitudes que esa comadreja tuviera con la obra de Marion Peck eran, claro, un detalle. Lo importante es que ella y varios más sabían vender, sabían vestirse, sabían gesticular e identificar a su público. Tenían olfato para distinguir dónde estaba la elite adinerada que de tanto en tanto sufría arrebatos de sensibilidad por ciertas formas de arte y se lanzaba a comprar cuadros o a inscribirse en talleres de pintura. Era su manera de practicar las relaciones sociales.

Con el tiempo aquellos seres fueron reconociéndose como los animales que se olisquean para asegurar su compatibilidad. Nunca han dejado de pintar. Eso es verdad. Pero tienen problemas básicos y son redundantes, exagerados, bulliciosos. Es esa clase de personas que necesita decir las cosas con rojo, con mayúsculas. Al estilo del puto Dalí, son astros para las relaciones públicas, para vender actitud y

llamar la atención en el momento justo. Tienen muchos amigos, muchos conocidos. Son tipos dedicados. Se esmeran y les resulta. No tienen temor. Tienen rock and roll. No les importa entrar en el juego del mercado y siempre van para adelante, revolviendo el gallinero con un séquito de parásitos que les celebra todo porque les aseguran una mascada.

El artista de hoy debe arreglárselas para estar, para opinar de cualquier tema. Hay generaciones completas que han sido capaces de seguir al pie de la letra la cita de Warhol: «Un buen negocio es la mejor forma posible de arte». De seguro ganarán, se impondrán por sobre los otros, serán enterrados en mejores cementerios que el resto. Antes habrán podido tener hijos y alimentarlos y educarlos. Pero en cien años apenas serán un párrafo en los libros de historia. No sé si aquello podrá verse como una derrota. Seremos tantos los que no alcanzaremos siquiera una línea. Nadie dirá palabra sobre nosotros.

El cóctel de inauguración de cada muestra universitaria siempre era algo de lo que me sentí fuera. No hablo de la comilona ni de los brindis, sino de los ritos que involucraban a esa gente que iba al *vernissage*, como le llaman, sin ningún interés verdadero por la pintura. Nadie esperaba que todos compraran, pero hubo varios que ni se daban el trabajo de mirar. Ellos iban y saludaban a los que había que saludar. Era la celebración de la manada (acá estamos, estamos los que somos), el rito para estar vigente y no perderse nada.

Eso siempre me provocó una opresión en el pecho que me hacía buscar los balcones o, en su defecto, un rincón. Por lo general, iba para que no me robaran los cuadros, para que no les tiraran el relleno de los canapés.

Mejores eran las fiestas al final de la inauguración. En ese momento los organizadores daban cuenta de todas las botellas donadas por la viña que apoyaba y que no se descorcharon en el brindis. También aparecían bandejas con quesos medio aplastados, pero quesos al fin. Por lo general las botellas cerradas nunca bajaban de media caja y hacían que las celebraciones fuesen largas. Iban compañeros de facultad y profesores cercanos. Y si bien terminaban en un desorden considerable, tenían un mérito: eran el modo de festejar la autogestión. Todo lo hacíamos nosotros, todo lo negociábamos

nosotros.

Pero hay que ser justo: las muestras siempre fueron iniciativa de dos o tres cabecillas que estudiaban artes plásticas o diseño gráfico. Ellos nos invitaban y motivaban a trabajar. Salíamos a pegar afiches, mandábamos comunicados a los diarios y a las radios. Lo que fuese para que el plan caminara. Y queríamos que caminara, aunque entonces fuéramos incapaces de imaginar una vida dedicada por completo a la pintura. Dos o tres veces hablamos del asunto. ¿De verdad queríamos eso? Los que iban a pintar, sí o sí terminarían haciéndolo, terminarían pintando, pero de ahí a suponer una carrera de sol a sombra faltaba bastante. ¿Cómo era? ¿Era como los músicos? ¿Como los directores de cine? No lo sabíamos. ¿Qué hacen ellos cuando no están ensayando? ¿Qué hacen Ricardo Mollo y Diego Arnedo un lunes a las tres de la tarde? ¿Y Álex de la Iglesia cuando termina un guion y lo deja descansar un par de semanas? Se levantan, toman desayuno y luego qué. No nos imaginábamos esa vida. No sabíamos cómo era ni qué había que hacer para tenerla.

No sé si fuimos una generación. Quizás estuvimos cerca. Nos faltó constancia o alguien con buen ojo e influencia en los medios para que nos bautizara de un modo extravagante, similar a la Generación Atari que agrupaba a los mexicanos nacidos en los años setenta. En su caso, el nombre sonaba fantástico, pese a que en realidad se los estaban cagando porque el crítico que los denominó así lo hizo refiriéndose a ellos como un grupo incapaz de aprender de sus mayores «porque el Atari les quemó el cerebro». Pero eso quedaba debajo y a nadie le importaba. Lo esencial era que tenían un nombre, eran reconocibles y por lo tanto existían.

Pese a todo, nosotros también teníamos un nombre. Era uno bastante ridículo, aunque con un logotipo hermoso: Colectivo Neptuno García Cruchaga se llamaba y la sigla CNGC iba acompañada de una estrella sobre la tipografía mezcla de Cooper Black y Franklin Gothic. El diseñador aprovechó la similitud entre las letras G y la C para darle identidad a la marca. Fue idea de Laura López, una de las fundadoras del colectivo. A ella no le gustaba que ocupáramos la palabra *marca*, aunque lo fuera: en CNGC había un logotipo e isotipo determinados que funcionaban como unidad reconocible.

«Puta, es verdad. Es una marca, lo sé. Tiene letras y tiene un mono, pero traten de ocupar otra palabra, por favor. Digan *símbolo*. Por último *insignia* o *escudo*».

Algunos siempre criticaron al colectivo. Decían que nuestra autogestión nunca fue tal. Era la típica clase de gente incapaz de hacer nada por cuenta propia y su única energía la dedica a embarrar lo que hace el resto. Encima, cuando te los encuentras, saludan como si no hubiera pasado nada, como si no supiéramos lo que decían a nuestra espalda. Cuchicheaban que la facultad apoyaba demasiado al grupo, que nos pasaban plata sin concursos ni sorteos. Sí, era verdad, pero siempre fue contra una propuesta y porque les hinchamos las pelotas a los viejos hasta sacarles algo de la caja chica. A veces nos pagaron la impresión del afiche (70 x 40, couché de 180 gramos, cuatricromía) o un ciento de ejemplares de un catálogo (un tríptico en papel bond con buena diagramación). En otras oportunidades la facultad solo tramitaba el permiso para conseguir una sala del centro de extensión que, por lo general, era de las pequeñas, de modo que no podíamos superar los seis expositores, cada uno con dos obras de formato máximo 80 x 80. No había muralla para más.

En esas muestras expuse mis dos cuadros mejor logrados: *Hay que ver cómo se van todos aquellos que creíste que nunca se irían* y *Cuando durmamos juntos esta noche oiremos grillos.* Ambos son óleo sobre tela.

Del grupo de estudiantes que pasó por el CNGC, apenas cinco siguen pintando de manera habitual, siempre en combinación con trabajos que les dan de comer: son profesores en academias, hacen clases particulares y ofician de jefes de taller en imprentas. La única que logró dedicarse bien fue Laura López. Su éxito ha sido premio al esfuerzo desde que era estudiante. Fue la más empeñosa. De hecho, ella propuso el nombre Neptuno García Cruchaga. Se inspiró en la historia de un soldado chileno de la Guerra del Pacífico que pintó una serie de tres cuadros mientras fue parte de las tropas que ocuparon Lima. Laura escuchó de García Cruchaga en un viaje a Perú. Un historiador le habló de él en un museo del barrio antiguo de la capital. Dos de sus pinturas mostraban los saqueos y los incendios de edificios del centro de la ciudad. No sé si aquello ocurrió así. Quizás haya sido una exageración. La tercera, en cambio, era un paisaje de las afueras

de Lima y que podía ser Miraflores. Se ve una acequia de agua cristalina rodeada de vegetación y, al fondo, un caserío. Es un cauce que baja lento de la cordillera y su camino lo bordean sauces, juncos y otras matas frondosas. El historiador le dijo que la ausencia humana, sumada a otros aspectos, hacen que el cuadro sea inquietante, incluso tenebroso, más que los otros en que predomina el fuego y la destrucción. También que es probable que algo haya pasado en ese lugar y que García Cruchaga lo trató de sugerir. Su sospecha venía al conocer el testimonio de los soldados que antes de entrar a Lima se bañaron en una acequia donde había un montón de cadáveres. Eran muertos atados con piedras que se deshicieron con el agua y enfermaron a la tropa. El lugar que los hombres describieron tenía muchas similitudes con ese paisaje.

Cuentan que Neptuno García Cruchaga pintó en secreto cuando fue destinado a guardia nocturno a una casona del antiguo gobierno. En un cuarto subterráneo el soldado encontró un maletín con óleos y otros materiales, por lo que cada noche, tras hacer la ronda, bajaba a pintar hasta que amanecía. Estuvo dos semanas cuidando esa casona y luego debió regresar a Chile. Siempre tuvo claro que no podría llevarse los cuadros, de manera que lo último que hizo, además de escribir su nombre al reverso y firmarlos adelante con sus iniciales NGC en la esquina inferior derecha, fue dejar cerrada la puerta del cuarto y confiar en que los encontraran y les dieran buen destino.

No hay manera de comprobar que García Cruchaga haya contado lo que hacía por las noches. Su nombre tampoco figura en ningún libro de memorias de los combatientes ni menos en los de historia del arte nacional. García Cruchaga fue un soldado que entró a Lima, pintó tres cuadros y desapareció.

El historiador le dijo a Laura que las obras estuvieron bajo custodia de lo que había quedado del ejército peruano al término de la ocupación y después se entregaron a un coleccionista italiano que vivía en el Callao. Su pista se pierde en ese instante. Laura quedó tan interesada, e hizo tantas preguntas, que el historiador la invitó a que volviera al día siguiente. Entonces podría mostrarle un par de fotografías que tenía en su casa y que probaban la existencia de esas pinturas.

Nuestra amiga regresó al museo y el historiador le extendió un sobre de cartón con dos fotos de formato 13 x 18 en las que aparecían las tres obras juntas. Fueron tomadas a pocos metros y sin ninguna intención profesional de documentar nada. Por la calidad de las imágenes (procesadas en papel Kodak, se fijó) y los muebles que asomaban en los costados (un sillón verde y una mesa con una radiocasete marca Panasonic) supuso que correspondían a algún momento de los ochenta. Aparte de esos objetos, no había nada que diera información sobre el lugar donde fueron tomadas: están los cuadros apoyados en una pared blanca, el piso es de madera, se ve el sillón, la mesa y la radio.

Una vez que tuvo su licenciatura en artes plásticas, Laura López ganó dos Fondart seguidos y recibió un premio de una corporación de Vitacura. Después partió becada a Brasil y se estableció en São Paulo, desde donde ha viajado a Europa a exponer o a perfeccionarse. Lo último que supe de ella es que participó en una muestra a propósito del mundial de fútbol de 2014. Incluso fue entrevistada en TVN por un periodista deportivo que se peinaba igual que los jugadores de la selección. De hecho, la mitad de las preguntas tuvieron que ver con fútbol, con cómo le iba a ir a la selección en el campeonato, cuáles eran sus ídolos. Esa palabra ocupó: *ídolos*. Laura lo miraba como si estuviera hablando con un marciano. En cualquier caso, ella se veía feliz por la atención que le prestaban a su trabajo. Me pareció que no había tenido tiempo de envejecer. Estaba igual que en la ceremonia de titulación, cuando se llevó la medalla a la mejor de todos y leyó el discurso de egreso (terminó diciendo que si el arte no iba a salvar el planeta, al menos iba a dejar testimonio de las razones por las que se acabó).

Pese a mis quejas, guardo buen recuerdo de esas muestras colectivas universitarias. No debo ser tan malagradecido. Producto de una fue que conocí a Nienlí. Ella se interesó en uno de mis cuadros, aunque no hubo lo que podría llamarse una compra-venta tradicional. Nienlí, que tenía rasgos orientales y después me contaría que lo curioso de su nombre era un error del oficial del registro civil que se enredó entero y escribió como quiso lo que le dictaba su padre vietnamita, me abordó

cuando terminaron los discursos inaugurales. La había visto aparecer y le sostuve la mirada unos segundos hasta que noté dos cosas: que se parecía a Lucy Liu y que venía directo hacia mí. Quería saber por qué mi cuadro se llamaba *Jóvenes profesionales del mundo de hoy esperan una oportunidad para triunfar*. El título me resultaba bastante claro en relación a la imagen principal: un televisor sintonizado en una clase de gimnasia aeróbica y, encima, un gato chino de la suerte. Pero con los títulos nunca se sabe, no siempre funcionan y traté de responder de forma didáctica, explicarlo mejor. Mientras hablábamos, le pregunté qué hacía y me respondió que era profesora de educación física, tenía un gimnasio recién inaugurado y quería adornarlo con pinturas modernas. Por eso estaba allí en la muestra. Vio la noticia en *Publimetro* y llegó. Nienlí dijo que le gustaron los colores de mi cuadro y también otra cosa que no sabía explicar.

«¿Aura?», pregunté.

«Algo así», dijo.

Hablamos buen rato. Me contó que un banco le había prestado el dinero para equipar el gimnasio y que lo enfocó hacia el público adulto mayor o, más preciso, a las viejas que tienen tiempo y plata y les gusta la vida social. Su apuesta, además, estaba en instalar dentro un bar de jugos naturales con nombres exóticos. Por ejemplo, al de manzanas rojas le puso «Jugo de manzanas mediterráneas», cuando todas las manzanas son mediterráneas, o «Trilogía ecuatorial» a una mezcla de piña, mango y plátano con lo único en común que es fruta importada de Ecuador, como ocurre con casi todas las piñas, todos los mangos y todos los plátanos que se venden en Chile. Ella confiaba en que el truco iba a causar interés en la clientela.

Tomamos dos copas de vino en el cóctel y seguimos en un bar cercano al centro de extensión. Antes de sentarnos en una mesa, Nienlí se quitó el chaquetón negro que llevaba y noté los efectos del deporte en su cuerpo: aunque era más bien baja, tenía las piernas y los brazos muy tonificados. No se notaba por ninguna parte que tenía treinta años. Cuando se tomó el pelo con una cola de caballo (lo que acentuó sus rasgos orientales) vi los contornos duros de sus brazos. Jamás podría decir que se trataba de una chica musculosa, sí que era dura y ella lo sabía, pues se quitó el abrigo con la suficiente lentitud para que

la vieran desde las cuatro esquinas del boliche.

«El deporte es salud», dije mirándola fijo.

«Me gusta estar sanita», respondió ella.

Estuvimos hasta la medianoche tomando vino. Fue una botella y una copa individual para rematar. Partió llamándome por mi nombre, después me trató de «niño lindo» (entonces tenía veintidós) y al final incluso de «guapo». En un momento quise hacer el cruce de la muerte y pasarme del vino al vodka tónica, pero me contuve. Estaba bastante cañoneado a esas alturas y tampoco salí con dinero suficiente. Entonces Nienlí, que tenía las mejillas coloradas y los ojos aguados por el syrah, dijo que quería comprarme «el cuadro de la gimnasia» y por lo tanto debía hacerle un precio amistoso, un precio lindo y lleno de amor. Respondí que, antes que un precio, le proponía un trato: yo se lo regalaba si ella me invitaba a su casa.

«A una piyamada, quiero decir. Yo mismo te lo llevo».

Nienlí abrió los ojos de impresión y soltó una carcajada, dio un trago a su copa y me extendió la mano.

«Trato hecho», dijo.

Nunca se me hizo tan larga una muestra. Le llevé el cuadro la misma noche que cerró. Fui el primero en desmontar. Le puse cartón corrugado, cinta adhesiva y corrí al paradero para alcanzar una micro que me servía. En mi mochila había metido una botella de vino tinto, un tubo de papas fritas y un cuarto de queso azul. Gasté un tercio de mi sueldo como ayudante en todo eso.

A la mañana siguiente tomamos desayuno. Hicimos café y una paila con cuatro huevos con jamón. Después, Nienlí comenzó a desenvolver el embalaje y a fijarse en los detalles de la pintura. Estaba vestida apenas con una camiseta y calzones blancos que le remarcaban los muslos y las caderas arqueadas. Se había vuelto a tomar el pelo en una cola de caballo. Se veía hermosa: quitaba con tanto entusiasmo la cubierta de cartón que me vino a la memoria la vez cuando un profesor llevó a la clase un recorte de diario con una entrevista a Adolfo Couve. Fue publicada a principio de los noventa y la entregó fotocopiada a los que estábamos en la sala. La leyó en voz alta y a cada tanto se detenía para hacer comentarios o pedirnos la opinión. De todo lo que hablaba Couve y el profesor destacó, hubo una frase que

aprendí de memoria:

«No tengo pretensiones porque no estoy obligado a entrar en la historia de la pintura chilena».

El profesor dejó a un lado el papel y miró uno por uno a los nueve que habíamos en la sala. Era un martes de invierno, en la tarde, y el sol empezaba a esconderse detrás del desparramo de antenas y chimeneas que se veía desde la ventana.

«¿Escucharon? No están obligados», dijo seguro de que en un momento de nuestras vidas ese mensaje, tal como ocurre con los microorganismos que duermen esperando el minuto indicado, se activaría para cobrar sentido. En mi caso, aquello ocurrió bastante rápido: estar en paz con mis frustraciones pictóricas fue determinante para tomar rumbo hacia la academia.

Esa mañana pensé hablarle a Nienlí de quién era Couve. Quise contarle de sus pinturas, de sus libros y de lo importante de la frase que dijo, pero ella estaba tan contenta con el cuadro que no tenía sentido ponerme denso. Gracias a mi cuadro nos conocimos y aquello era suficiente premio. Nos habíamos dado hasta quedar cojos, sin condón, y en ese par de horas que tardamos en tomar desayuno cualquiera que nos hubiese visto de lejos habría pensado que éramos una pareja, un hombre y una mujer felices quizás desde cuándo. O al menos un hombre y una mujer con cierta intención de hacer que las cosas fueran buenas, que durasen un poco más que los segundos que tarda en pasar un comercial de multitienda que ofrece alegría y belleza a cambio de que compres lo que te vende.

Cuando Nienlí se fue a duchar le pregunté si le importaba que la mirase. No iba a hacer ninguna extravagancia. Quería mirarla y conversar un poco, o no conversar nada y solo quedarme ahí, contemplándola mientras se pasaba una esponja con jabón de naranja por esas curvas duras, por esos músculos firmes. En un momento pensé en que tal vez quedó embarazada, y la imaginé con un vientre grande y redondo. No tuve ni preocupación ni miedo ni nada parecido.

Después me duché yo y ella se quedó en el baño usando el secador de pelo. El artefacto hacía un ruido infernal. Lo poco que hablamos fue a los gritos, como si estuviéramos dentro de la turbina de un avión.

Terminamos de vestirnos y fuimos a su gimnasio. Llevamos el

cuadro en la parte trasera de su auto. Era un Suzuki blanco de dos puertas que olía a chicle de frutilla.

«En esa muralla quedaría bien», dijo apuntando una pared frente a una decena de bicicletas estáticas alineadas en dos filas. Fui hasta allí, puse un clavo e instalé el cuadro. Quedó derecho a la primera.

Capítulo 3

Provengo de una familia sin vínculos con las artes plásticas. Salvo por la constancia de mis padres al comprarme témperas y lápices de cera desde muy pequeño. Aparte de productivo, era un regalo más barato que los juguetes a pilas y los muñecos que salían con las películas o los monos animados. Que no les dé pena: tenía amigos cuyos papás les regalaban figuras de *Star Wars* o *G.I. Joe* por docenas, mientras yo me conformaba con dibujarlas.

En el colegio donde estudié tampoco recibí ningún estímulo fundamental. Mis recuerdos de las clases de arte son una nebulosa caótica: sé que hice un vitral con cartón y papel celofán de colores; sé que pinté con tinta china, que trabajé con madera, que usé un compás para construir figuras geométricas y un cautín con la intención de pegar alambres y darles relativa forma humana. También hice una pelota con pentágonos de género (quedó tan deforme que parecía una palta) y construí una cámara fotográfica con una caja de té que, por supuesto, tampoco resultó pues el cuarto oscuro, acondicionado en una esquina del taller, solo se prestaba para peleas y para que algunos, amparados en la oscuridad, lo consideraran el lugar adecuado donde tirarse pedos a pata levantada, en especial cuando el profesor estaba adentro.

Willy Canales se llamaba. Siempre luchó por traernos de regreso a la civilización, o al menos a las normas básicas de conducta. Era un profesor joven, inquieto, entusiasta y de gran vocación, capaz de ver talento en nuestras manifestaciones más rudimentarias de aquellos años, cuando el paso de la enseñanza básica a la media conlleva la esperanza de alcanzar cierto grado de consideración con el prójimo. Aquello puedo verlo recién hoy, pues en ese momento toda la voluntad de nuestro profesor se iba por la borda mientras festejábamos las ocurrencias de quienes decían, entre risas, que si pasaban la pichula por una hoja de block, Willy Canales exclamaría emocionado que eso también era arte.

No extraña entonces que mis primeros años de estudiante universitario estén marcados por el asombro y el entusiasmo ante lo nuevo. Y algo más: a medida que sospeché que no sería un buen pintor, puse mi empeño en convertirme en un estudiante aplicado que, como premio de consuelo, aspirase a un cupo de ayudante y después, licenciado con las mejores notas posibles, a una o dos horas de profesor instructor. Lo siguiente sería hacerme de una beca de posgrado.

Lo primero ocurrió de inmediato y se prolongó hasta egresar. Fui ayudante de ramos teóricos: tomaba pruebas, las corregía, hacía repasos antes de controles de lectura e incluso la clase misma cuando los profesores salían de viaje o me llamaban una hora antes para decir que no iban a llegar.

Pese a mi empeño y a las muy buenas evaluaciones, en mi universidad nunca pude dar el otro paso luego de licenciarme. Nunca hubo vacantes académicas. Ni siquiera para los ramos de formación general (que podían ser desde cultivo agrícola a uso avanzado de Photoshop, desde análisis de clásicos del cine hasta talleres de serigrafía). Tres veces me atreví y presenté propuestas para esa parrilla de cursos y las tres fui rechazado. Dijeron que los programas no estaban mal, pero aún no era el minuto, que esto funcionaba así, lento y, cuando menos lo imaginara, tendría una oportunidad. En la espera vi entrar de profesores a dos o tres patanes sin otro respaldo que su presencia en los medios, tipos que con suerte se bañaban y aparecían por la facultad como grandes lumbreras. Lo que me ponía varios peldaños abajo era que esos cretinos tenían una obra y ante eso no podía competir; yo era un simple licenciado en estética, un espécimen en constante camino hacia un lugar incierto.

Hasta que un día ocurrió el milagro: me llamaron de la universidad que siempre ha sido considerada por la nuestra su competencia en todas las áreas. Allí planeaban la apertura de la Escuela de Arte y Estética con una carrera que incluyera ambas disciplinas en un solo programa académico (en la mía era por separado) y buscaban profesores jóvenes que se sumaran a los carcamales fundadores. Los nuevos iban a ser los instructores, la infantería, debían llevarse el trabajo duro y desmalezar el terreno, mientras que los viejos (cuyas

edades sumaban más de trescientos años) pondrían el nombre y se harían cargo de contados cursos de prédica, los habituales que suelen dictar los veteranos antes de jubilarse. Las autoridades suponían que bastaba tenerlos en sala para que la cabrería se diera por pagada.

Las cosas se dieron de manera bastante simple. No hubo intrigas ni espacio para la especulación ni los rumores tan comunes en el ambiente académico. Un día recibí un correo del profesor Arturo Chong. Le habían dado mi nombre (nunca dijo quién ni quise preguntarlo) y rastreó lo suficiente como para decidir invitarme a un café. Yo lo ubicaba por sus columnas en *Artes y Letras* y sus participaciones en programas culturales del cable. Además, fue asesor de la cancillería en muestras plásticas nacionales en el extranjero. Luego me enteré de que era autor de dos libros sobre pintura chilena contemporánea y llevaba treinta años dando clases. Sus libros reproducían el contenido de sus cátedras, por lo tanto su designación como director de la escuela era bastante obvia. El mundillo respetaba a Chong. Sus publicaciones generaban conocimiento.

«¿Santander? Puta que eres cabro, huevón», dijo al verme llegar a una cafetería de Plaza Ñuñoa una tarde de inicios de enero. Chong tenía una voz cavernosa. Cada vez que la pronunciaba, la palabra *huevón* se oía con un peso enorme. De verdad te sentías un poco así cuando la decía. Estaba vestido con una camisa de mezclilla, pantalones de cotelé y bototos que, podría apostar, tenían punta de fierro. Llevaba el pelo y la barba estudiadamente revueltos. En la mesa había una carpeta con folletos de la nueva carrera. La malla curricular la tenía impresa aparte y varios cursos estaban marcados con una o dos palabras escritas con letra ilegible. Después supe que eran los nombres de otros profesores convocados.

Chong no se dio muchas vueltas: quería que dictase un seminario por semestre. Uno sobre un pintor que hubiera sido influyente en una época y capaz de resistir el paso de los años.

«Que los cabros vean una de sus pinturas y queden locos; que sepan cómo era el mundo, que su obra los lleve a otros y a otros y les abra el mate», explicó gesticulando como si partiera un melón con un golpe de karateca. «Que sepan que esta huevada no nació con ellos. ¿Eres capaz? Lo único que te pido es que hagas la pega, que prepares las

clases, que no faltes nunca, que se note que vas en serio. O sea, que confirmes lo que me han dicho de ti».

«Pierda cuidado con eso», susurré.

«¿Se te ocurre algún pintor para enseñar? Alguien potente».

«Bruegel», dije de inmediato, con toda la seguridad posible.

Chong me miró sorprendido.

«Perfecto», susurró y lo anotó en uno de sus papeles.

«Con Bruegel nadie queda indiferente».

«Hace unos años vi sus pinturas en España y creo que otras también en Alemania o Bélgica. Has estado por allá, imagino».

«No, todavía no he tenido la oportunidad».

«Cómo que no».

«Lo he estudiado mucho, sí. Supongo que al menos empato».

«Pero huevón», dijo y sentí que la chuchada ahora bajaba desde la cordillera. «Tú tienes que salir, tienes que conocer. Cómo vas a estar enseñando lo que nunca has visto. Puedes analizarlo un poco, pero cualquier turista japonés que entró de cueva a un museo en Europa tendrá algo que tú no tienes. Aparte, vieras el efecto que provoca en los cabros si dices: *Cuando estuve en Francia*...».

«Tiene razón».

«Siempre tengo razón. Voy a ser tu jefe y pido lealtad. Incluso si la cago».

Chong me observó unos segundos. Pensé que hasta ahí llegaba el milagro.

«En realidad eres bien cabro», masculló.

Sonreí.

«Escúchame: si el mono camina, podemos apoyarte para que hagas cursos afuera. Así viajas, conoces, hueveas un poco y regresas creyéndote la muerte».

Chong entendía que lo principal era la docencia y toda la energía de los profesores jóvenes debía enfocarse ahí. Enseñar hasta que el cuerpo aguante. Por lo tanto me aseguró que la jefatura de carrera molestaría lo menos posible. Buscaron a alguien eficiente para ese cargo, una licenciada en educación joven pero con carácter, que supiera llevar la casa de forma ordenada. Había dado esa pelea y la ganó.

«Me importa un huevo que la cabra no sepa quién es Robert Crumb

ni Daniel Gil. Quiero que sepa armar planillas y coordinar toda la joda interna, que se maneje con los formularios y atienda a los cabros», dijo.

Aparte de mi clase, Chong quería que estuviera diez horas a la semana en la facultad junto a otros dos profesores jóvenes. Los tres compartiríamos una oficina espaciosa. Para cada uno habría un computador, una repisa de un metro y un cajón con llave. Era una buena propuesta, sin duda, pues la permanencia implicaba contrato. Y más atractiva se hizo al preguntar qué esperaba que hiciera en esas horas y él me respondió que, por entonces, debía ir y estar. Chong quería sumar gente y marcar territorio. Cuando hubiera alumnos en condiciones, podría hacer tutorías o guiar memorias. Aunque lo fundamental era la vida académica y construir el espíritu de escuela, que los profesores fuéramos al patio a conversar con alumnos y no pasáramos encerrados en una oficina como ocurría en tantas facultades; quería que los estudiantes supieran que llegaban a un espacio habitado y acogedor, que se sintieran parte de una tribu, y que los profesores estaban allí, a ras de suelo, que no aparecían en la sala viniendo desde una nube.

«Que hasta juegues taca-taca con ellos si intuyes que así vas a conocerlos un poco. Ese es el secreto», dijo Chong. «No solo hay que ofrecer estudios, también un lugar al cual pertenecer. Si logramos que vean eso, estamos al otro lado; que noten que llegan a una casa, no a una sucursal donde se paga la cuenta del agua. Te vas a dar cuenta de que hay algunos que no tienen otro lugar donde ir que la facultad. Hay que motivarlos».

«Motivarlos, dice usted».

«Sí, por supuesto».

«¿Pero que los motivados no deben ser ellos?».

«Hoy nadie sabe nada. Nadie sabe lo que quiere. Hay que empujarlos. Claro que sí. Te irías de raja si vieras cuánto han bajado las consultas y los préstamos en la biblioteca... Como sea, no vamos a hacer un esfuerzo por tener buena matrícula si una vez dentro los cabros van a pensar que cayeron en una trampa, que los subieron al tren fantasma».

De tanto hablar, a Chong le dio hambre. Le hizo una seña al mozo y

pidió un sándwich de ave palta y otro expreso doble.

«¿Tú no quieres nada? Aprovecha y cómete un churrasco. Paga la universidad».

Capítulo 4

Imagino que debe ocurrir en toda clase de carreras y de seguro más de una vez. Hablo de esos instantes cuando, gracias a un profesor, a un libro o a un taller, de pronto sientes que no te has equivocado, que estás en el lugar correcto y el paisaje se alumbra: se disipa la niebla, desaparecen los temores sobre el futuro y ves un camino posible de ser transitado, un sendero luminoso que antes no estaba, que no existía. No puedo imaginar que alguien haya terminado sus estudios sin haber vivido al menos uno de estos episodios. En mi caso, el más determinante fue el curso electivo de segundo semestre sobre pintores fundamentales de los siglos XVI y XVII, de los cuales uno era Pieter Bruegel.

Recuerdo con precisión la primera clase. La profesora se llamaba Paula Fernández. Era linda y joven. Tenía los ojos negros y grandes y el pelo castaño y ondulado. Nadie sabía mucho de ella. Aparecía en la sala, hacía la clase y se esfumaba. Alguien contó que un día se la encontró en la casa de un vendedor de marihuana muy popular en el campus. Dijo que estaba voladísima y tomaba agua en una botella de Bilz de litro y medio. Nadie le creyó.

A decir verdad, la clase decisiva fue la segunda, pues a la primera, como suele ocurrir, llegamos tres gatos de los veinte inscritos y ella decidió cancelar. No quería repetir la presentación y nos pidió disculpas.

«Ustedes van a tener cinco décimas extra en la primera nota», dijo antes de tomar su carpeta y salir de la sala (esos tres gatos fuimos los únicos que tuvimos un azul en ese control).

Siempre es lo mismo: cada vez que en clases muestro *El triunfo de la muerte* recuerdo el asombro que sentí cuando la profesora Fernández proyectó una diapositiva de esa pintura: murmullos, sonrisas maravilladas y leves estiramientos de cuello para ver los detalles de los extremos. Luego, el silencio. La única reacción posible al infierno de la imagen: ese caos lleno de escenas, pequeños relatos arremolinados en

puntos de fuga que no son una salida ni contienen esperanza. Los ejércitos de esqueletos lo han invadido todo. La muerte ha venido por todos.

«Óleo sobre madera, fechado en 1562. Cuatro paneles de roble engatillados que miden un metro diecisiete por un metro sesenta y dos. Los españoles lo tienen desde 1827», dijo la profesora Fernández con tono seco, igual a un forense que revisa las tripas de un cadáver. «Este es el mundo de Bruegel, el pintor flamenco más importante de su siglo. Este es el mundo previo a la Contrarreforma y que vamos a tratar de entender con lo que hay dentro. Y no es un mundo muy amigable».

Cuando terminó la idea, una compañera pidió la palabra y dijo que ese cuadro era el Apocalipsis. Habló como si nada de lo que veíamos provocara suficiente asombro. La profesora sonrió y caminó hasta ponerse a su lado para que ambas contemplaran la pintura desde el mismo lugar.

«Podría ser el Apocalipsis, pero le falta algo. ¿Quién sabe?».

Silencio.

«¿Una idea al menos, muchachos?».

Silencio.

«Esta pintura no es el Apocalipsis porque el relato escrito por Juan es religioso», explicó. «Acá, en cambio, no hay nada de eso, no hay presencia divina, no hay ángeles, no hay un dios, no hay nadie que pueda salir al paso, nadie que pueda evitar el desastre... *God didn't*».

Un par de clases antes de terminar el semestre, la profesora Fernández llevó a la clase fotocopias de un pequeño cuento llamado *El modelo de Pickman* y lo leímos. Al principio, algunos compañeros estaban desconcertados y de a poco fueron enganchando con la historia, pues se trataba de un cuento de terror. Había sido escrito en los años veinte y contaba la historia de Richard Upton Pickman, un pintor cuyos cuadros eran tanto o más aterradores que los de Bruegel. El final es sorprendente, pero lo que me quedó grabado fue un párrafo en que el narrador hablaba de Goya y de otros artistas:

«Ellos creían en toda clase de cosas..., y quizás veían también toda clase de cosas».

Ese cuento también ha sido parte de mi seminario y me preocupé de

reconocer a tiempo el crédito a la profesora Fernández. Aunque con una diferencia: ella lo ocupaba al final del curso; yo preferí usarlo al principio, y pedía que, al comentarlo, los chicos tuvieran cuidado con las palabras que usaban para describir, que se esforzaran y no dijeran a cada rato «extraño» o «interesante» o «sugerente». Funcionaba la historia. Se discutía cuál término era el adecuado para calificarlo. Incluso diría que el entusiasmo por participar lo vi hasta en el sabandija al que más tarde tomé del pescuezo cuando no soporté lo que nadie me dijo que había que soportar.

Capítulo 5

Bruno Nielsen fue el compañero de oficina con quien más compartí. Es diseñador gráfico y venía de regreso de estudiar ilustración en el País Vasco cuando fue llamado por Chong. Antes de su viaje, estuvo varios años en *El Mercurio*. Diagramaba las páginas deportivas y por lo mismo su relación con el diseño era bastante práctica. El trabajo debía ser rápido y simple. No se detenía en lo que no fuera importante. Aprendió pronto que su esfuerzo y su ingenio podían terminar impresos en el papel con que al día siguiente se limpiaban los vidrios o se envolvían los huevos en el almacén. Nielsen, en consecuencia, estaba en paz con la vida.

Sabía mucho de muchas cosas. Leía novelas y poesía con voracidad, pero lo que le volvía loco era la historia, sobre todo la Segunda Guerra Mundial. Le intrigaban las figuras de Rommel y Montgomery como rivales en las batallas en los desiertos de África. En verano, cuando el sol de mediodía aplasta a cualquiera, Nielsen se animaba a pequeñas disertaciones a propósito.

«¿Sabías que allá hacía tanto calor que los ingleses freían huevos en el capó de sus camiones?», y se largaba a reclamar por qué entonces no podíamos hacer clases con pantalones cortos, que Santiago se derretía con el calor y que era un tema de salud pública que pudiésemos trabajar con bermudas, algo sobrio, de tonos oscuros; que si los alumnos podían llegar con poleras sin mangas y chalas, qué tan terrible era que nosotros, los que compartíamos el mismo espacio, también pudiésemos andar con ropa más cómoda. «En las batallas más perras en que estuvo el Afrika Korps, allí donde quedó la zorra absoluta, los soldados andaban con pantalones cortos».

En los talleres de Nielsen se trabajaba mañanas completas y los estudiantes siempre salían con un producto. Había entregas todas las semanas. Eso los volvía locos y no eran pocos los que se quejaban de la exigencia. Hasta lloraban de impotencia por la presión. A Nielsen le fascinaba ver la frustración y tratar de aprovecharla, que la rabia

sirviera como motor. A su taller los estudiantes le llamaban *La fábrica* y ese nombre se fue traspasando de generación en generación.

«Hoy somos genios, la próxima semana la cagamos, y la que viene tenemos la posibilidad de volver a hacerlo bien. Así avanzamos, así camina el mundo: cagándola y arreglándola», decía Nielsen al comienzo de sus clases. Siempre usaba garabatos precisos y los decía al aire, nunca a alguien, aunque lo mereciera. Cuando se fastidiaba con uno en particular, sobre todo con los holgazanes que se limitaban a la vida social, Nielsen respiraba hondo y se contenía hasta llegar a la oficina.

«¿Qué se creen esos monos?», era una de sus preguntas filosóficas recurrentes mientras se desparramaba en la silla.

En el País Vasco Nielsen se casó y volvió a Chile con su mujer y dos hijas chicas. Hicimos buenas migas de inmediato y hablábamos bastante. Las veces que no estaba escuchando música, porque, en realidad, Nielsen era un melómano y un hiperquinético de cuidado. Cuando trabajaba en su computador, siempre se ponía audífonos y tamborileaba y hacía redobles con las manos, con los pies y pegándole a platillos imaginarios. Una vez le conté tres minutos golpeando el piso como si tocara una batería de doble bombo. Tres minutos sin pausa y al mismo ritmo, el muy bestia.

«¿Por qué mejor no te tamborileas los cocos?», le preguntaba.

Nielsen siempre compraba música por internet y los paquetes llegaban a la universidad. Guardaba las cajas del embalaje porque, decía, las íbamos a necesitar, pero ese momento nunca ocurría y el cartón empezaba a copar el espacio. Desde afuera, nuestra oficina era una especie de bodega.

Nielsen no quería que su mujer supiera que compraba música. No quería que le reclamara por gastar. La crianza y vivir con el dinero siempre justo los había agotado. Hubo una época en que peleaban por cualquier cosa. No les quedaba otra que soportar.

«Tiempos duros, música dura», decía.

En verdad, Bruno nunca se gastó la plata de la luz o del gas. Su rollo era la culpa impregnada durante su educación en un colegio jesuita. Nielsen recibía paquetes con seis o siete discos, los abría, me los mostraba y me daba múltiples referencias de la banda antes de

ponerlos en el lector de CD de su computador al que conectó un parlante. Era un Marshall apenas más grande que una caja de leche pero de excelente sonido. Se lo habían mandado de Suecia. El día que llegó lo acompañé a buscarlo a la aduana.

Yo le decía que nos hicimos amigos porque era el único que sabía de la cantidad de plata que gastaba comprando discos. Él decía que no, que nos hicimos amigos cuando le conté la historia de Nienlí y de cómo negociamos la pintura que a ella le gustó; que era una historia tan increíble que solo podía ser verdad, que nadie inventaba una cosa así. Estaba tan impactado, tan sorprendido, que un día, aprovechando que pasaba cerca, entró al gimnasio nada más que para ver el cuadro y mi firma en un extremo.

Nielsen era tan nuevo como yo en la universidad y en cierto modo fuimos cómplices. Sentíamos que habíamos encontrado un buen trabajo y debíamos cuidarlo. Sobre todo porque Peña-Toledo, el otro profesor destinado a esa oficina con la misma cantidad de horas, era una especie de celebridad de las instalaciones, por lo tanto iba a la facultad solo si tenía clases o si Chong llamaba a consejo ampliado. Veíamos más a sus ayudantes que llegaban a corregir trabajos o llenar las planillas con las notas.

Nada que decir, en cualquier caso. Buen tipo, Peña-Toledo. De esos que saben que la explosión de su talento es consecuencia de su trabajo. Cuando estaba en la oficina, ofrecía café y galletas. Hablaba de música con Nielsen y de sus viajes al extranjero siempre nos traía tachos, lápices, libros. En la misma bolsa de los regalos se llevaba un cerro de correspondencia acumulada que le iban poniendo al costado de su computador.

Para los asados del 18 o las fiestas de fin de año, Peña-Toledo llegaba con una botella de Ciroc, un pack de tónica 1724, una malla de limones de pica y una bolsa de hielo.

«Hay que hacer la producción completa», decía.

Al cabo de una hora, se había curado raja y terminaba preguntando en el oído si teníamos algo para hacer trampa. Cuando no, invitaba a su departamento.

«Puedo llamar a unas amigas que siempre tienen el teléfono prendido... o conectamos la Play», decía y al rato se quedaba dormido

con la cabeza apoyada en la mesa. Chong apuraba su trago y se lo echaba al hombro para llevarlo de regreso a casa.

Cuando se inauguró la carrera, Peña-Toledo estaba arriba de la ola con su trabajo. Había expuesto con éxito en los museos de arte contemporáneo de San Francisco y Viena. Aparecía tanto en los medios y lo invitaban a tantos lados que cualquiera se daba cuenta de que estaba en su contrato decir que hacía clases en nuestra universidad. No sé cómo habrá negociado con Chong, pero el viejo tuvo mucho ojo y le dio resultado. Y Peña-Toledo tampoco era tonto. En cada entrevista que daba en los diarios, en las revistas y hasta en la tele siempre decía dónde enseñaba y que sus alumnos eran extraordinarios, que todos éramos extraordinarios.

Chong quería un equipo vertical, sin sapos ni traidores que ansiaran su puesto. Tenía el poder y los profesores de planta aceptamos, como en los equipos de fútbol, venir desde lejos con la pelota, batallando por toda la cancha para que él hiciera los goles y fuese la estrella. Chong siempre estuvo en caso de problemas, siempre apoyó cuando hubo atados, pero con el tiempo quisimos más, necesitamos más porque nos vino el cansancio y tuvimos la sensación de que nos faltaba combustible, que de pronto a nadie le importaba lo que enseñábamos, que nadie quería aprender nada. Estábamos hartos. La enseñanza debía ser otra cosa, pero no sabíamos con certeza qué.

«Las únicas veces que hablamos temas importantes con el viejo es si vamos a almorzar», decía Nielsen. «Todas las discusiones académicas duran lo que demoramos en comer un plato de albóndigas con arroz».

«¿Te gustaría que lo sacaran? ¿Le harías la cama?», le pregunté un día.

«No, claro que no. Si lo sacan, cagamos. Habría que irnos por decencia, por lealtad. El viejo todavía tiene cuerda y prestigio. Eso es lo que necesitan para promover la carrera. Acuérdate de la foto para la última admisión. Matamos gracias a él».

Nielsen tenía razón. La agencia publicitaria a cargo de la campaña había organizado una sesión en el taller que la profesora Inés Wirth tenía en su casa. Ella dictaba un curso de primer año llamado Cultura Occidental, uno de los tantos ramos de la línea de contenido mínimo (y que llamábamos *de contenido urgente*). La profesora vivía en Las

Condes a la altura del nueve mil y pintaba y trabajaba con metal. Era muy pituca. Venía de una familia de hacendados de Chillán («Unos esclavistas del tiempo de la colonia», bromeaba Chong) y siempre llevaba roscas, queques o galletas que hacían sus nanas. Inés siempre tuvo dinero y como no concebía el mundo de otro modo, no ostentaba con nada. No necesitaba diferenciarse del resto. Nos trataba de «lindo» o «linda». Tenía años de circo, años de taller, lo cual a Chong le importaba mucho. De hecho, le pidió que diera una de las tres charlas dispuestas en las actividades inaugurales de la carrera (tres charlas, una mesa redonda, dos desayunos, una cena y hasta un asado, para ser exacto).

Entre los profesores jóvenes nadie le tenía mucha fe a lo que hiciera Inés Wirth ese día. Menos aún si el tema era Leonardo da Vinci. Pensábamos que diría un montón de lugares comunes o que su mirada sería demasiado Disney, pero nos tapó el hocico. Comenzó diciendo que Leonardo era zurdo, que escribía de derecha a izquierda y había que leerlo con un espejo, y que si hubiera nacido en estos tiempos, sería un joven medicado por déficit atencional y bipolaridad. Contó muchísimas anécdotas de su vida y tiró datos que no sabíamos, en especial cuando repasó sus estudios sobre la luz y la perspectiva, dos temas con los cuales Leonardo estuvo tan obsesionado que llegó a disectar ojos para entender cómo entraba la luz.

«Primero usó el de una vaca, luego el de un humano... y para no derramar su contenido mientras los abría, ¿qué creen que hizo? Los echó a cocer igual que un huevo».

La profesora contó que el talento de Leonardo por el dibujo venía de la conciencia de sus pocas capacidades matemáticas y de escritura; que haber sabido a tiempo cuáles eran sus debilidades alentó su curiosidad.

«Aunque murió sin conocer las razones por las que el cielo es azul, un tema que le intrigó siempre».

Inés Wirth hablaba y en un telón se mostraban imágenes de apoyo. No más de diez, todas muy pensadas, en buena resolución (nunca dijo que las tomó ella durante sus viajes a Italia) y remató su charla diciendo que Leonardo era un hombre común, que su genialidad no le había caído del cielo, que no era un iluminado, sino descubrió sus

talentos trabajando, experimentando, equivocándose, como le pasó con *La última cena*: se preocupó tanto de la perspectiva, de la composición y del relato que descuidó la calidad de los pigmentos y al cabo de veinte años la pintura comenzó a descascararse. Un grupo de restauradores quiso recomponerla pero la estropeó más, al punto que los monjes del convento donde fue pintada, al ver que el trabajo estaba perdido, no hallaron nada mejor que echar abajo una parte del muro para instalar una puerta que cortó la imagen a la altura de los pies (Jesús los tenía cruzados debajo de la mesa del mismo modo en que iba a ser clavado en la madera).

La profesora Wirth también habló de los dibujos de Leonardo: dijo que todas esas anotaciones a los costados (que le dan ese estilo especial y tan imitado) fueron por la falta de papel, por entonces muy caro.

«Y a pensar lo que se iba a escribir, pensar lo que se iba a hacer, como si fuera lo último», advirtió antes de que su charla se convirtiera en arenga sobre los riesgos de la creación (nunca ocupó el término *peligro*) y dijese a la concurrencia que no había que rendirse, que valía la pena intentarlo hasta que resultara y que hicieran las cosas por el valor de hacerlas antes que por el reconocimiento o por el dinero. «El problema es que cuando te va bien una vez, quieres que te vaya bien de nuevo y de nuevo y de nuevo. Al final muchos están motivados, más que por crear, por vivir la sensación del éxito constante».

No sabíamos que sería el último gran momento académico de la profesora Wirth, pues bastaron unas pocas clases para que sintiera que a los estudiantes, en general, les interesaba poco lo que hablaba. Ninguno se conmovía como ella con los contenidos del programa y eso la liquidó. De hecho, al término del primer semestre el departamento curricular llegó a la conclusión que el ramo tenía un nivel superior a la capacidad de los estudiantes, por lo tanto había que revisar sus objetivos, la bibliografía y, en especial, moderar el entusiasmo. Lo último, en cierto modo, era un aviso para todos.

Los creativos de la agencia de publicidad nos citaron a una reunión para conocernos antes de proponer sus ideas. La competencia en la admisión con otras escuelas de arte estaba durísima y la universidad,

sin embargo, mantuvo el número mínimo de matriculados: treinta alumnos. Esa era la meta. Así lo dijeron. Ninguno de nosotros preguntó qué pasaría si no la cumplíamos.

Del texto del folleto se encargaría Chong y no tuvo que darle muchas vueltas a las patrañas y lugares comunes que iba a decir, pues lo importante era la foto y el *tagline*, el slogan, la frase matadora. A la reunión llegó él, Nielsen, Peña-Toledo, yo, Inés y dos profesoras del ciclo de ramos generales de la facultad. Una tenía el curso Historia del Arte y la otra un taller llamado Lenguaje Visual. Ambas eran rubias, jóvenes, muy guapas y ambas se llamaban Paulina. Era de esperar que poco tardaran los estudiantes en bautizarlas como «Las Paulinas», luego como «Las monjas Paulinas». Al año fueron «Las monjas».

Era admirable el trabajo que ellas hacían con los nuevos. Más todavía cuando el ramo de la profesora Wirth pasó, finalmente, a tercer semestre de la malla y a la línea de electivos. Nivelar un curso parecía una tarea gigante, monstruosa, pero ellas se las ingeniaban. Tenían paciencia e ideas muy claras. Una de las Paulinas, de hecho, me dio un par de consejos que no he olvidado.

«Enseña bien una cosa, solo una», fue el primero. «Y que sea una cosa importante. Con eso basta. El resto del tiempo te dedicas a perfeccionarla».

La agencia tenía dos ideas para la foto de los profesores de la carrera. La primera buscaba dar la impresión de una familia que trabaja en un taller, con los viejos adelante y los jóvenes al costado. Debíamos venir con nuestras cotonas manchadas. Si no teníamos, ellos las podían conseguir.

La otra opción era que fuésemos una banda, no sabíamos de qué, pero una banda. Estaríamos vestidos de negro y con la misma propuesta: los viejos adelante y los jóvenes en segundo plano. Después de un largo debate, dejaron esa y nos pelaron en toda la universidad por engrupidos y poseros.

«Qué pop», dijo con una mueca de asco un profesor de periodismo con el que un día me encontré meando en el baño del segundo piso. Bueno, a ellos los pusieron en una sala llena de computadores y la foto quedó espantosa. Había demasiadas máquinas, demasiados monitores apagados y en vez de la redacción de un diario, más parecía la bodega

de un servicio técnico.

Aunque lo peor vino después, cuando supimos que la primera idea, la del taller en la casa de Inés Wirth, la usaron en los paneles publicitarios del metro. Estuvimos dos meses en las estaciones Pedro de Valdivia, Los Leones y Escuela Militar. En esos sectores estaban nuestros alumnos. Allí estaba nuestro público.

Capítulo 6

El Aloft está en el centro de Tampa. Me hospedé allí cuando asistí a un simposio sobre Bruegel. Además de la serie de conferencias, el encuentro en la Universidad de Tampa incluía la exposición de veinte piezas, entre pinturas y dibujos. No trajeron *El triunfo de la muerte*, que permanece atornillado a una pared del Museo Nacional del Prado, en Madrid. Sí hubo bastante de su trabajo en pequeño formato.

«Puta que tienes raja», dijo Chong cuando me llamó a su oficina porque la vicerrectoría había aceptado financiar los pasajes, el alojamiento y un viático. «Los dólares no son muchos, pero alcanzan para que tomes una cerveza y te hagas el lindo con una gringa en algún bar».

No sé qué cara puse.

Sentía que me temblaba un ojo de pura emoción.

«Porque te gustan las minas, ¿verdad?».

«Sí, profesor».

«¿Comes carne?».

«Por supuesto».

«Qué alivio. Vamos quedando cada vez menos heterocarnívoros. Así como van las cosas, nos van a poner en una reserva de la Conaf».

Mientras preparaba el viaje, tuve la sensación de estar haciendo algo definitivo, que apostaba por la academia, que invertía para transformarme en un buen profesor y con ello sepultaba toda posibilidad de retomar un día los pinceles. Sentí que me entregaba como quien se entrega al enemigo, con las manos en la nuca. Por alguna razón no veía la manera de llevar la pintura y la docencia en caminos paralelos. Había en mi cabeza cierta idea radical. Pensaba que no podía estar en los dos bandos.

«Esto es perfecto para ti… que estás empezando», me dijo Arturo Chong. «Vas a capitalizar. Todos hacemos eso, aunque esa palabra suene terrible y no queramos usarla. Dos o tres salidas y podrías optar a que te paguen un diplomado, luego quizás un magíster».

Una semana antes de tomar el avión, vi en un quiosco una edición de *National Geographic* sobre los efectos del calentamiento de los mares en Estados Unidos hacia el año 2100, en especial en la costa de Florida. La compré de inmediato. Comencé a leer ahí mismo, a un costado del quiosco. Nunca en mi vida había abierto aquella revista y pasé las páginas hasta dar con el artículo. Decía que si el nivel del agua aumenta un metro y medio quedarán debajo de la marea alta un millón y medio de casas, siete centrales eléctricas, veinte hospitales y doscientas escuelas. Una ciudad como Tampa perdería quince mil viviendas, sin contar las afectadas por los huracanes, cada vez más severos y habituales. Por cada treinta centímetros que suba su nivel, el mar podrá avanzar entre cien y quinientos metros tierra adentro. La temperatura también llegará a niveles peligrosos: si hoy los habitantes de la región sureste de Estados Unidos cada año deben soportar, en promedio, ocho días con el termómetro sobre los treinta grados, hacia fines de este siglo podrían aumentar a cien. Un gráfico indicaba que la variación extrema estará en Tallahassee, la ciudad más importante del estado, con 2,2 grados. Desde luego, el reportaje hablaba del futuro, de lo que ocurriría cuando ya no estuviéramos acá. Era bastante apocalíptico, como los cuadros de Bruegel. Pero no fue miedo lo que tuve, fue la impresión de que en cien años no existirá nada de lo que pudiese ver alrededor si levantaba la vista.

Me propuse sacar el mayor partido a las conferencias en Estados Unidos y durante un mes hice un curso intensivo de inglés. Eran sesiones de lunes a sábado, apoyadas por veinte horas en archivos MP3 cargadas en un pendrive. Me preparé tanto con el inglés que olvidé la cantidad de latinos que podía encontrar. De hecho, en el control de ingreso me tocó un agente de apellido González. Tenía los mismos bigotes de los bandidos mexicanos de las películas antiguas. Miró mis papeles y me indicó la cámara ubicada enfrente. Después tomó mis huellas digitales. Me preguntó a qué venía y dónde iba a quedarme. Le dije que iba camino a Tampa y mostré la reserva de hotel. También mi pasaje de regreso.

La charla que abrió el simposio fue a propósito de *La matanza de los inocentes*, obra que Bruegel pintó inspirado en la orden de Herodes al saber del nacimiento del rey de los judíos. En su caso, estaba hecho a

modo de protesta por los abusos de la monarquía española en los Países Bajos. La exposición estuvo a cargo de un profesor serbio de apellido Franasovic y destacó, más allá de la anécdota histórica, que una copia del cuadro había sido censurada y, en lugar de víctimas humanas, alguien pintó animales y objetos.

De cada exposición salí con una o dos planas de apuntes en una libreta de papel amarillo que compré en la librería de la universidad. También tomé fotos a la información que se mostraba en los proyectores. Todo me servía y era interesante, todo parecía posible de incorporar a mi curso sobre Bruegel.

Todos sabían más que yo, también.

No fue un encuentro multitudinario, de esos donde llegas un minuto tarde y quedas al fondo de la sala. Nunca conté veinte personas en cada ponencia. La explicación quizás sea que la mayoría se programó en un horario en el que la gente normal está trabajando: once de la mañana. Demasiado burgués en cualquier parte del mundo.

Los asistentes eran siempre los mismos: estudiantes, profesores, pintores y un grupo de abuelos de un club de arte que venía de una localidad llamada Jacksonville. Lo supe porque iban vestidos con camisetas amarillas estampadas con esa información.

Las actividades se dividían entre la propia universidad y el Tampa Museum of Art. Ambos lugares están entre sí a veinte minutos caminando a través del puente que cruza el río Hillsborough y de un área verde sobrepoblada de ardillas. La alimentación también fue un asunto sencillo, pues el comedor del hotel era lo más parecido a una cocina abierta: había heladeras y estantes llenos de pasteles y frutas que los pasajeros podían consumir, supuse, gratis y a toda hora. Más de una vez entré allí a media tarde o en la noche, me hice un café, saqué botellas de jugo, sándwiches, queques rellenos y hasta helados como si nada. Después supe que no era así: cada cosa se pagaba y me di cuenta recién el día cuando entregué la habitación y noté que en la entrada del comedor había un panel con un listado de precios que nunca vi pues se confundía entre los cuadros que adornaban las paredes. La recepcionista revisaba mis datos en su computador y yo hice un cálculo al ojo de cuánto consumí. Me puse pálido. Por lo bajo eran cien dólares. Y yo no tenía cien dólares ni en mis bolsillos ni en

Chile ni en ninguna parte.

Al cabo de un instante, sin embargo, la chica dijo que la cuenta estaba en orden y me entregó un sobre con el comprobante de pago. No vi cargos adicionales al hospedaje. Volví a mirar el recibo y por un segundo quise abrir la boca y confesar, decirle lo que había consumido, pero más pudo el reflejo condicionado de mis pies y salí del hotel a toda prisa a buscar un taxi en el paradero a un par de calles. Caminé a pasos largos, apurados. Incluso miré hacia atrás por si del hotel venían a la siga. ¿No me vieron sacar la comida? Difícil. ¿Esperaban que *declarara* mi consumo? Aunque luego pensé que tal vez era cierto lo que se contaba de los países escandinavos: que en algunas tiendas y supermercados los dueños ponían carteles pidiendo a los clientes locales no reaccionar si veían a sudamericanos robando mercadería pues aquello estaba entre sus costumbres.

Las conferencias en Tampa duraron tres días, pero me quedé una semana. Aproveché de conocer el acuario, los parques y otros sitios de interés. Me pareció una ciudad amable y ordenada. Concentra los edificios más altos en su centro cívico y en las zonas turísticas cercanas al río Hillsborough. El resto lo compone una gran planicie donde las principales elevaciones son las autopistas y los puentes. Estuve allí en lo que podría ser la mitad del invierno en el hemisferio norte, lo cual en Florida se traduce en un calor y humedad no tan implacables comparados con el resto del año. Hay menos nubes y el cielo se vuelve tan azul que parece de mentira. La gente se anima dar paseos largos mientras oscurece. Si las jornadas sobre Bruegel hubieran sido en una ciudad grande y alborotada, no sé si me habría atrevido a salir a caminar sin rumbo fijo.

Una de esas tardes de paseo, entré a un centro comercial buscando un sitio para comer. El más grande era un Subway, aunque estaba demasiado lleno. Recorrí los otros hasta que encontré uno que ofrecía una aberración llamada Churro Dog, la cual consistía en una salchicha que, en vez de estar dentro en un pan, venía metida en un churro tamaño XL. Costaba 2.50. Por un dólar extra, el valiente podía llevarse un vaso de Pepsi de medio litro y un paquete individual de papas Lay's. Miré atento la publicidad que anunciaba al Churro Dog en una pantalla. Para ser más apetitosa, la salchicha estaba condimentada con

una línea de mostaza de amarillo luminoso.

Me acerqué al mesón.

«Quiero un Churro Dog», dije.

«¿En combo?».

«Así es».

«Las papas fritas puede elegirlas usted», dijo la chica y me indicó un estante.

Las dos primeras mascadas al Churro Dog pude darlas sin problema. Eran pasadas las cuatro de la tarde y no comía desde el desayuno. Para la tercera, en cambio, fueron necesarios dos largos sorbos de bebida. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas por el gas, seguido de una sensación que solo podría describir como la de un jugo apozado bajo la lengua. Era una mezcla entre el aceite del churro, el gas de la bebida, los aliños de la salchicha y mi propia bilis. No fui capaz de más. Boté los restos del Churro Dog y de la bebida. La bolsa de papas fritas la dejé intacta en la mesa y fui a un baño cercano. Apenas me incliné sobre la taza, vacié lo que había comido. Me lavé la cara y tomé dos o tres sorbos de agua directo de la llave. El chorro salió tibio y volví a hacer arcadas, pero no me quedaba nada en el estómago. Salí del baño un poco mareado y antes de dejar el centro comercial, pasé por el local del Churro Dog y miré a los chicos que lo atendían. Uno le mostraba al otro lo que tenía en su teléfono celular. El paquete de papas fritas seguía en la mesa. Nadie tuvo intenciones de llevarse lo que no era suyo.

El Aloft está muy próximo al río Hillsborough. De hecho, la terraza de su piscina termina en una baranda en altura que sirve de mirador. Te instalas allí y dos o tres metros bajo tus pies está el cauce. Es tan profundo y oscuro que se vuelve imperceptible en su camino hacia el mar. La porción de río que cruza el centro de la ciudad es el lugar de entrenamiento del equipo universitario de remo. Mañana y tarde los chicos pasan a toda velocidad en sus canoas. Con ellos van los instructores, arengándolos y tocando el silbato para controlar los tiempos de ida y vuelta. Las canoas se pierden río abajo y a los minutos pasan de regreso. Los remeros vienen exhaustos, colorados por el esfuerzo. El primer día que los vi, me pregunté cuántos de mis

alumnos podrían hacerles el peso en una competencia deportiva de ese tipo. Quizás en taca-taca o ping-pong les vaya mejor.

Al atardecer el río cambia y se vuelve bastante siniestro: la ciudad cae en el silencio, el tránsito de las avenidas disminuye, las luces de los edificios de oficinas se apagan y el Hillsborough se transforma en un largo socavón. Pasé largo rato contemplando la oscuridad espesa de sus aguas. El aspecto que tomaba el río debió tener un efecto perturbador en cierta región de mi cerebro, pues la penúltima noche en Tampa tuve una pesadilla que me tuvo con los ojos abiertos hasta que aclaró: soñé que en el fondo de la piscina del hotel había algo, una criatura similar a un cangrejo o a las que emergen del agua en *La caída de los ángeles rebeldes*, un cuadro de Bruegel que conocía muy bien pero que en ese instante fui incapaz de asociar. Yo veía al animal desde arriba, en un sitio que podía ser la misma habitación donde estaba alojado. El sueño era de noche y la única luz provenía de los focos sumergidos de la piscina. Quise convencerme de que todo era producto de las sombras. Incluso, si en verdad había una cosa en el fondo, era un instrumento de limpieza o un juguete olvidado. Pero entonces lo que fuera que haya sido comenzó a moverse hasta llegar al extremo menos profundo y subió como pudo subir un cangrejo, aunque un cangrejo del tamaño de un perro. El bicharraco salió de la piscina, atravesó los pocos metros que la separaban de la baranda que daba al río, la trepó y se lanzó al agua.

Insisto: veía la escena de arriba y detrás de un vidrio muy grueso, pero aun así escuché cuando el cangrejo cayó al agua y sonó como si pesara varios kilos.

Abrí los ojos y vi el reloj del velador:

4:44.

Apenas amaneció bajé a la terraza. Había dos aseadores vestidos con uniforme gris y los saludé levantando la mano. Ellos se quedaron mirándome caminar hacia el borde de la parte honda de la piscina. Nada. No vi nada. Seguí el trayecto que en mi sueño hizo la criatura hasta lanzarse al río. Me quedé varios minutos asomado en la baranda. No vi otra cosa que mi reflejo deformado por las ondulaciones del agua.

Capítulo 7

Cada semestre que dicté mi seminario, la proporción fue la misma: por un estudiante que opinaba, tres permanecían con cara de pescado y sin mayor interés en lo que hablábamos. Iban porque había que ir y te lo decían sin complejos cuando los apretabas un poco:

«¿Por qué usted tomó este ramo, señorita?».

«Por el horario, profesor».

Ese era su argumento. ¿Qué podías responder a ese pajarito? Ni siquiera mentían. Pero necesitaba seguir. Al menos por respeto a esos cinco gatos que en verdad tenían ganas de aprender y no faltaban nunca.

No podría asegurar que los estudiantes de la facultad admiraran a sus profesores, pues no los conocían. Apenas sabían dónde estaban parados y se iban a interesar por los que iniciaron el camino antes que ellos. La idea del taller de siglos pasados, del taller como sitio en ebullición constante, estaba muerta. Hoy el maestro tiene que salir a buscar discípulos, interesarlos, entretenerlos. Recién en tercer año, dos o tres comenzaban a sospechar de cuánto calzaba Chong, lo importante que era Peña-Toledo en el circuito de la vanguardia o lo preparado que Nielsen había regresado de Europa.

Sin otro ámbito en el cual destacar, en mi caso llevaba una vida tranquila y silenciosa. De cuando en cuando visitaba amigos. Nos juntábamos a almorzar en el Nuria de Huérfanos o tomábamos una cerveza en el HBH de Irarrázaval. En ocasiones me acordaba de viejas amigas, las llamaba y nos veíamos en un café o en un bar. De tres invitaciones, una prendía y se transformaba en algo más ameno. Todas las veces que llamé a Nienlí después de entregarle el cuadro, me dijo que no podía, que tenía otros compromisos. Aunque nunca fue cortante, siempre me dio la impresión de que en verdad estaba interrumpiéndola. Su gimnasio iba bien. Alguna vez vi una publicidad en una revista. Aparecía una foto de ella junto a un montón de viejas a las que les vendía los jugos de nombres extravagantes. Por lo mismo,

un día pasé a verla. Fue una visita sorpresa un sábado en la mañana. Nienlí se había teñido el pelo rojo y estaba vestida con un buzo negro y ajustado. Se veía deslumbrante, pese a que en ese minuto estaba en su oficina ordenando una ruma de papeles que parecía interminable. Se alegró de verme y me invitó a conversar a la cafetería. Me ofreció tomar algo. Tenían preparada una novedad llamada «Destellos del valle central», que básicamente era jugo de uva con un toque de membrillo y menta. Le iba bien con eso y fue nuestro principal tema de conversación.

A medida que creces, las amistades decantan y pierdes el interés en conocer personas. En un cumpleaños podrás conversar con gente nueva, pero de quedar en juntarse otra vez, hay un paso grande. Entre mis cercanos nadie tenía muchas ganas de nada. Todos estaban cansados y parecían hartos con su trabajo. Por eso no me extrañaba que en invierno pasara fines de semana enteros sin hablar con nadie.

De pronto me encontraba con estudiantes en la calle, en un supermercado, en una tienda de ropa usada, en el metro. Se asombraban de que yo existiera más allá de la sala de clases. Aunque en una ocasión las cosas pasaron de la sorpresa a un pequeño revuelo. Fue un cuchicheo a partir de un grupo de chicos que un sábado en la noche me vio en El Dante de Plaza Ñuñoa. Había salido a tomar con un amigo de los años del colegio, quizás de los pocos que aprendió del profe Willy Canales. Era tatuador y estaba radicado en Estocolmo hacía muchos años. Allá armó un estudio y se hizo bastante conocido gracias a que varios de sus clientes eran músicos famosos. Mi amigo venía a pasar unas semanas en Santiago junto a su novia islandesa. Por supuesto, ambos estaban tan cubiertos de tatuajes que de ninguna manera pasaban inadvertidos. Él tenía el pelo muy largo y muy negro, y ella muy largo y muy rubio. En un momento de la noche, después del cuarto schop en la terraza, mi amigo fue al baño y yo me quedé conversando con su novia. Fue entonces cuando pasó por la calle un grupo de alumnos de la facultad, entre ellos un par que estaba en mi seminario de Bruegel. Los vi aparecer y también escuché lo que comentaron después de decirme «Buena, profe». Venían bastante ebrios, hablaban fuerte.

«La media rubia. ¿Cachaste la pinta?».

«No es de acá».

«¿Viste los tatuajes?».

Santiago es una ciudad grande, pero no lo suficiente para hacer invisibles a las personas. El lunes siguiente, uno de los que andaban en Plaza Ñuñoa me saludó en el casino.

«Qué crack, profe», me dijo.

Lo pidieron expresamente en las reuniones de coordinación: debíamos usar material didáctico, recursos que tuvieran a los estudiantes despiertos e interesados. Muchas imágenes, mucho video, mucho mono. La vicerrectoría académica nos llenaba de instructivos, pero como mi ramo estaba sustentado en gráficas, había pocas sesiones áridas, muy pocas de *materia* en términos tradicionales. Y en caso de emergencia, siempre tenía un pendrive con archivos de apoyo.

Hubo clases en que despegamos bastante. Cierta vez hasta metí a Walter Benjamin y su idea del aquí y del ahora en la obra de arte, la influencia de la reproducción, de la copia y su sentido, y mostraba las dos versiones de *La matanza de los inocentes* que conocí en Tampa. Algunos habían leído ciertos ensayos de Benjamin y aportaban comentando el rollo del alemán con la aspiración de todo cuadro a ser contemplado por unos pocos antes que por la gallada.

Una clase terminamos hablando de lo *kitsch* y la provocación, entendida por la necesidad de lograr un efecto, un estímulo y un efecto. En ese momento les dije que me esperaran y corrí a mi oficina a buscar las fotocopias que tenía de *Apocalípticos e integrados* de Umberto Eco. Estaban bastante carreteadas, pintadas con un destacador que el paso del tiempo hizo perder su luminosidad. Pero fue lo de menos. Quería leerles lo que Eco decía del *kitsch*, la cultura de masas y su oposición a la vanguardia. También les dije que estábamos hablando de una palabra intraducible y anoté ideas en la pizarra. Se originó una buena discusión, al punto que si me hubiera ido de la sala, ellos se habrían quedado ahí, debatiendo, tratando de entender y de entenderse. Eso era una de las máximas aspiraciones que un profesor podía tener. Aunque en mi caso más bien había sido una revancha por lo que me ocurrió el semestre previo, también con un texto de Eco. Eran tres páginas de *La estructura ausente* que explicaban

los códigos retóricos. Los alumnos del curso no daban ninguna seguridad de que las fueran a tener leídas para la siguiente clase si se las dejaba en la central de apuntes, de manera que preferí reproducir yo el material para cada uno.

Con tal de ahorrar papel y que no me las cuestionaran, hice un primer juego de fotocopias que recorté y pegué para que las páginas del libro cupiesen en una hoja tamaño carta. En la siguiente clase repartí el material, leí en voz alta una parte y dos voluntarios leyeron la otra. Pedí subrayar aquello que les parecía relevante o bien las palabras que no entendieran. Un par marcó algo y lo discutimos, aunque mi sensación general fue que leer los aburrió sin vuelta. Digo el acto de leer, el paso previo al entendimiento. Tanto que cuando la clase terminó, más de la mitad dejó las fotocopias en sus bancos. Ninguna estaba rayada, no hubo el menor indicio de manipulación y recogerlas en silencio fue uno de los mayores desprecios vividos hasta ese instante como profesor. Con el tiempo entendería que me había equivocado: la vocación no es transferible. Comenzaban a imponerse distancias insalvables.

La clase era un bloque de ochenta minutos dos veces a la semana. Siempre pude fijarla para los lunes y viernes a media mañana.

«Los mejores días para toparse con sándwiches y feriados largos», me decía Nielsen con tono malicioso, pero no era mi idea. No del todo. Los chicos llegaban frescos a la primera y para la segunda habían tenido tiempo de cumplir con los encargos que dejaba, como averiguar aspectos históricos que marcaron la obra de Bruegel, cuyo análisis de *El triunfo de la muerte* era la parte central del curso. Digamos que las primeras cuatro sesiones funcionaban de antesala del gran momento, cuando proyectaba la pintura por primera vez usando un archivo JPEG de 14,5 MB y 310 pixeles por pulgada. Al ver los detalles que permitía aquella resolución, la sala quedaba en silencio. Pintar la muerte es hacer un retrato de alguien que nadie ha visto. Pintar el infierno es pintar un lugar donde nadie ha estado. Eso es clave para entender los elementos que confluyen en *El triunfo de la muerte*. Hablamos de esa clase de representación que, por el horror que provoca, supera a las tradicionales visiones del infierno como una nueva estación de sufrimiento al término de la vida.

Bruegel libera ejércitos de esqueletos que enfrentan a los humanos en el campo de batalla, también les roban su dinero, los degüellan mientras duermen, tocan sus campanas, botan su comida, los lanzan al río, abren sus tumbas, blanden espadas, guadañas y lanzas. Los esqueletos usan relojes de arena para atormentar a los que aún viven y redes para capturar a los desprevenidos; se burlan de sus víctimas, los humillan, persiguen con perros a hombres desnudos y desarmados. Cuando los atrapan, los arrojan por el despeñadero.

Preparaba diversas láminas en PDF sobre la epidemia de la que hablaba la pintura. Comenzaban en el año 543, en Constantinopla. Entonces la peste no llegó a expandirse debido a que las ciudades, por lo general, estaban bastante aisladas pues el sistema de transporte era poco eficiente. Aquello cambió en la primavera europea de 1347, cuando a Italia llegaron los primeros navegantes contagiados provenientes de Asia y en cuestión de un año, en palabras de H. W. Haggard, «se desparramó en todas direcciones». Luego preguntaba si habían escuchado hablar del *Decamerón* de Boccaccio.

«*La crueldad del cielo*. Así se refería Boccaccio a la peste. ¿Se fijan en el peso de las palabras? No habla de castigo, habla de crueldad».

«En esa época todo era crueldad», comentó una chica de las primeras filas. Llevaba puesta una camiseta sin mangas que decía Agoraphobic Nosebleed.

La estructura del curso exigía ir y volver de diferentes pinturas de Bruegel determinantes en la elaboración de su obra maestra. Nos deteníamos en *Justicia* (1559) y toda la violencia organizada que ofrece: decapitaciones, azotes, linchamientos, hombres rumbo a la horca, a la hoguera o sometidos a torturas de estiramiento al tiempo que los ahogan con chorros de agua. Pese a la cantidad de información que esta entrega, hay un detalle importante de rescatar: la presencia del horizonte y la posibilidad de un relato autónomo. El mundo es horrible, es feo, es peligroso, pero no es plano, tiene fondo aunque no mucha esperanza. En Bruegel los horizontes no son una salida. No vemos nada mejor. Nada indica que volveremos a estar en paz.

De eso hablaba antes de que comenzara a pasar lo que pasó. Diría que recuerdo la secuencia exacta: a propósito de lo que comentaba, pedí a los alumnos que observaran el paisaje, que pusieran atención a

los humos de los incendios en el final del cuadro, en el viento que los mueve; que se fijaran en las zonas de la pintura iluminadas o ensombrecidas.

Al cabo de un instante, un chico levantó la mano e indicó el extremo superior izquierdo: detrás de las figuras que tocaban una campana, había dos esqueletos talando árboles, y por más que se tratara de árboles secos, daba la impresión de que Bruegel quería decirnos que el triunfo de la muerte no era sobre el hombre, sino sobre cualquier forma de vida en la Tierra.

«Que no hay vuelta ni luz ni redención».

«Y que el final es completo», añadió la chica con la camiseta de Agoraphobic Nosebleed.

Los que estaban en la sala murmuraron admirados. Incluso uno, bastante payaso aunque inofensivo, inició un aplauso que el curso imitó con alegría. Todos menos uno, que estaba más pendiente de su teléfono celular que de lo que ocurría en la sala. Fue la primera señal de lo que vino después.

En estos años he aprendido a tolerar bastante, pero si hay algo que me vuelve loco es la falta de respeto entre los propios estudiantes, eso tan básico que mientras uno de ellos opina o pregunta, el resto se siente con permiso para conversar, como si un comentario interesado fuera sinónimo de pausa o recreo.

«¿Es urgente lo que ve en su teléfono?», le pregunté.

«No».

«Entonces».

«Entonces qué».

«Guárdelo. ¿Debo decirle por qué?».

El chico no lo guardó. Apenas volteó la pantalla y dijo algo más, una especie de gruñido.

Le sostuve la mirada unos segundos.

«Su apellido es...».

«Hurtado. Hurtado Cruchaga».

«Como el santito», añadió un compañero sentado adelante.

«O el pintor», dije. «¿Hay artistas en su familia? ¿Alguien que haya peleado en la Guerra del Pacífico?».

«No creo».

«¿No cree o no sabe?».

«No lo sé».

«Averigüe. Quizás se lleve una sorpresa», le dije y traté de seguir la clase con normalidad, pero noté que me había cambiado la voz.

Uno siempre tiene cómo ganar el gallito. A menos que haya una situación extrema. En mi caso, tuve una previo a que pasara lo que pasó. Fue en mis años de ayudante, con un tipo con el hábito de agregar a la lista de asistencia el nombre de cantantes, actores o personajes famosos. Al comienzo no le di mucha importancia cuando entre los presentes aparecían Julio Iglesias, Tincho Gálvez, Comegato o Paul Masvidal. Hasta que un día el chiste me cansó y pedí en voz alta, a quien fuese que lo hiciera, que terminara, que estaba bueno (pasé largo rato tratando de saber quién diablos era Paul Masvidal y en qué planilla de notas estaba), pero fue peor: en las siguientes semanas hubo diez alumnos nuevos entre celebridades y superhéroes anotados con nombre y firma. No dije nada hasta que puse atención al trayecto que hacía la hoja de cuaderno pasando de mano en mano. Así sorprendí al chistoso. Era un flaco de barba y pelo largo que nunca había hablado en clases. Vestía un chaleco de lana desgastado pero de marca, un neohippie en estado puro. Me senté a su lado y le pregunté sin ningún énfasis particular por qué puso esos nombres.

«Porque quise», dijo desafiante.

Como ayudante, no tenía gran diferencia de edad con los alumnos del curso. Podía ser uno más. Aunque con ese tipo tuve la sensación de que era mayor que yo.

«Esa es tu respuesta: porque quisiste».

«Sí, porque quise».

No le contesté. No le contesté nada. Me picaban los brazos y las manos de rabia. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía decirle? ¿Lo iba a acusar al profesor? ¿Qué conseguiría? Cuando terminó la clase y salí de la sala, le di una patada al primer papelero que encontré en mi camino. Fue a dar contra una pared y la basura se desparramó como una piñata.

El tarado siguió con su chiste en lo que restaba del semestre. Aprobó el ramo con un 4,3 pero no volvió a la facultad. Dios lo castigó. En las

vacaciones de invierno cayó preso por tráfico de marihuana. Era vendedor en una red que funcionaba en varias universidades y salió en el diario. Sus compañeros hicieron una campaña para conseguir dinero y costear a un abogado que lo sacara pronto de la cana. A la hora de almuerzo vendían completos y vino navegado los viernes en la tarde. Pegaron carteles que alegaban su inocencia y yo me preocupé de sacarlos uno por uno. Dos o tres semanas después se supo que lo cambiaron de cárcel. Corrió el rumor de que en la primera donde estuvo se lo habían culeado entre varios y terminó en la enfermería. Capaz que los presos también hayan hecho una lista para darle por orden de llegada.

Nunca supe si Hurtado Cruchaga averiguó respecto de su apellido. Al menos hasta la última vez, no dijo nada. Capaz se haya olvidado. Era un alumno sin ningún atributo. Era flaco, rubio, cabezón y con la nariz ganchuda. Tenía pintas rojas salpicadas en la cara. No sabría decir si eran espinillas o picadas de zancudo. Después supe que le llamaban Dibujo o Mono Dibujado y les encontré toda la razón a quienes lo bautizaron con ese apodo. Siempre iba vestido con un polerón Oakley, jeans rotos en las rodillas y zapatillas Nike con caña y sin amarrar. Aparte de su teléfono celular nunca vi nada en su banco, ni lápiz ni cuaderno. Tampoco estoy seguro de que tuviese mochila. Quizás no la necesitaba. Con escucharlo hablar y ver con quiénes se juntaba en el patio entendí que estudiaba arte porque era el único lugar donde podían aceptarlo y las posibilidades de fracasar no eran tan altas o no tendrían tantas consecuencias. De seguro sus papás pagaban la universidad al contado y para llegar a clases debía cruzar al menos tres comunas, siempre en bajada. En resumen, Hurtado Cruchaga era el alumno que demostraba que al menos una de las ideas fundacionales del profesor Chong había resultado con el paso de los años: convertir la escuela en un lugar donde estaban los que no podían estar en ningún otro lugar. Su fe en que el arte aguanta lo que venga nunca dejó de impresionarme.

Capítulo 8

Más de una vez Bruegel pintó por encargo. Hay investigadores que especulan que *El triunfo de la muerte* pudo ser concebido de ese modo. Incluso existen dos copias hechas por sus hijos que han servido a los restauradores para recuperar ciertos detalles del original. Pero hay pinturas que nunca podremos ver porque antes de morir las consideró infames y pidió a su esposa que les prendiera fuego en un sitio baldío próximo a su casa. Eran cuadros que correspondían a su última etapa y de seguro la mejor: aquella en que el pulso y las ideas son capaces de representar una manera exacta de ver las cosas. Algunos creen que, en un arresto de lucidez final, Bruegel tuvo la impresión de que había superado el límite de la decencia y del buen gusto, que dio un paso que no debió dar y fue en ese minuto, cuando la certeza de la muerte vuelve dóciles a los hombres, que quiso evitar a su familia la deshonra.

Las primeras cosas que decía a los estudiantes al iniciar mi seminario sobre Bruegel tenían que ver con eso: que íbamos a estudiar la obra incompleta de un artista completo; el trabajo de un hombre que al final de sus días tuvo dudas y tuvo miedos, porque si es verdad que el arte es capaz de influir en la vida de las personas, al menos, pensaba él, que no fuese en la de su gente, que nadie le pidiese explicaciones por lo que pintó el finado.

Se reían cuando usaba esa palabra: *finado*.

Luego explicaba la influencia que el Bosco tuvo en Bruegel. Había cuadros en los que hablaron de lo mismo: de cómo sería el fin de la humanidad y del asombro ante lo desconocido representado en las nuevas regiones del planeta descubiertas por los navegantes. Se acababa un mundo sustentado en la espiritualidad y se abría otro marcado por la geografía.

El general de los alumnos era bastante indiferente a tales asuntos, pero en unos cuantos hubo actitud y se sorprendían y anotaban. Otros tomaban fotos de la pantalla con la cámara de sus teléfonos.

«Al final, todo se juega en los detalles. Si miran bien, hay esqueletos

que animan el caos del relato con tambores o tocando violines o zanfoñas», dije una clase. «Miren lo que pasa en la esquina inferior derecha del cuadro».

Salvo Hurtado Cruchaga, nadie dijo nada. El muchacho susurró algo que no alcancé a entender bien, y lo hizo con una mueca despectiva. Le pedí que lo repitiera más fuerte. A la tercera me hizo caso.

«Zampoña, querrá decir».

«No. Z*anfoña* también existe».

«Se dice zampoña», contestó con fastidio, como si la situación le provocara vergüenza ajena.

Fui al computador al que estaba conectado el data, minimicé la imagen proyectada y entré a un diccionario en línea.

Escribí la palabra y leí en voz alta:

«*Zanfoña: instrumento musical de cuerda, de aspecto externo similar al violín*».

Luego me dirigí hacia él:

«¿Ve? Hoy ha aprendido una palabra nueva. Sirvió salir de su casa y venir a la universidad. Al menos venir».

Faltaba una clase para que todo se fuera al carajo.

Jamás temí a la discusión. Nunca eludí el debate. Nadie está obligado a pensar de la misma manera que el profesor. Hasta donde puedo, trato de no ser tan radical en mis apreciaciones. La idea es facilitar que los chicos, pese a que aún no sepan mucho, digan lo que quieran en el momento. Si debo ir uno por uno, lo hago. Pero hablar a gente que no quiere que le hablen o que es incapaz de decir algo... eso me saca, me pone un balde en la cabeza. No soporto la tontera gratis ni los silencios, no soporto una sala llena de muertos.

«Te calientas por tonteras. No seas leso», susurraba Chong.

Al viejo le era fácil decirlo. Iba a la pelea cada dos semestres y escoltado por una cuadrilla de ayudantes. Además, de quince clases, aparecía en la mitad y hablaba, hablaba, hablaba. Él era su propio contenido. Le bastaba con ser Chong.

«Que se vayan a la chucha. Anda para adelante», reflexionaba Nielsen en la oficina. «Lo sabes: a la primera que puedan, te van a vender. Si no lo hacen ahora, se aguantan a la evaluación docente.

Como es anónima, ahí te cagan. La primera siempre es buena porque no has puesto notas, pero en la segunda pueden decir lo que sea, incluso mentiras. La gente no debería estudiar una carrera profesional antes de los veinte años. Primero deben madurar, deben trabajar en una fábrica, cultivar la tierra, cazar en el bosque; deben ocurrirle cosas malas en la vida. Entran tan chicos que no tienen idea de nada. ¿Por qué tenemos que mandarlos *nosotros* a los museos o a las galerías si los interesados son ellos? ¿Por qué son incapaces de llegar a la hora? Así es que nada. Pico pelado, a la carga mi rock and roll y al final del semestre te los cagas. Siempre hay una manera, siempre puedes darle un trancazo a los que te jodieron la pita durante el curso. Hazlo y que no queden evidencias, que parezca un accidente».

Nielsen no solo sufría con los teléfonos en la sala. Como su curso era un taller gráfico y trabajaba con computadores, se pasaba cerrando Safari para que los estudiantes se concentraran en lo importante. Llegó al extremo de desconectar la red para la sala.

«No puedo entender cómo se levantan a las seis y media de la mañana, se duchan, toman desayuno, viajan una hora en micro o metro, llegan a la sala y lo primero que hacen cuando prenden el computador es entrar a YouTube».

Chong nunca le dio importancia a la fama de cascarrabias de Nielsen. Sabía que los estudiantes lo admiraban. Tenía dos cualidades básicas en cualquier profesor: la cabeza llena de ideas y, por lo general, buen sentido del humor. Se enojaba, retaba a todos y luego tiraba un chiste que bajaba la tensión. Aunque a algunos les molestaba esa bipolaridad. Decían que estaba loco, que debía ir al siquiatra. Otros lo defendían porque en eso, justamente, estaba su genio.

«¿Sabe por qué le estoy enseñando InDesing? Porque si el día de mañana usted no encuentra pega, si le va mal y nadie lo quiere, al menos pude sobrevivir diseñando folletos de centros de depilación. No se va a morir de hambre».

Nielsen dice lo que debe decir. Vive tranquilo. Pero es necesario mencionar que tanta libertad es por un hecho concreto: al inicio de nuestro segundo año como profesores, el muy rajado se ganó el Kino.

Ochocientos millones de pesos.

He dicho que su regreso del País Vasco, ahora con esposa y dos

hijas, no había sido fácil. Nielsen llevaba mucho tiempo con la sensación de nunca terminar de acomodarse. Ella, que es diseñadora también, debió dedicarse a la crianza. Además, quería que las niñas hablaran su lengua. Nielsen hacía un montón de pegas extra para llegar a fin de mes: diseñaba afiches de conciertos y creaba el arte de carátula de discos de bandas locales. No le iba mal, pero le comía todo el tiempo libre.

«Antes iba al estadio, y me iba en micro, subiendo por avenida Matta, por Grecia...», se lamentaba. «Después no tuve tanto tiempo y preferí ver los partidos por el CDF. Al final tuve aún menos tiempo y terminé escuchándolos por radio mientras trabajaba».

Varias bandas quisieron contactarlo luego de que vieran lo que hizo para el disco debut de Pedro Murió de Cabeza, una banda de Ñuñoa. Se tituló *Apaleo masivo nacional* y sus canciones llamaban a dar palizas y a colgar de los postes a personajes de la televisión como animadores de matinales, periodistas de espectáculos, de moda y farándula; humoristas, lectores de noticias, analistas políticos y antiguos futbolistas devenidos en comentaristas deportivos. La carátula era un collage de fotografías de los aludidos, todas en blanco y negro, muy en la línea de Friedl Dicker-Brandeis, el artista austriaco que retrató con recortes de diarios y fotos de propaganda el estado del mundo una vez que los nazis llegaron al poder. Tanto impacto causó su obra que el autor terminó en Auschwitz, donde murió en 1944. Nielsen hablaba en sus clases de Dicker-Brandeis y de la fuerza de su estilo que también inspiró, aunque pocos lo adviertan y menos lo reconozcan, las carátulas de varios discos publicados a fines de los ochenta. En el caso de Pedro Murió de Cabeza, la imagen se convirtió en viral y generó un pequeño escándalo en la prensa. Nielsen nunca desconoció de dónde venía su inspiración y gracias a eso me pareció un tipo honesto y confiable.

Así se las arreglaba mi compañero, trabajando a todas horas y pagando el costo del agotamiento constante. Vivían en un departamento Paz Froimovich de tres dormitorios cerca del metro República y siempre me decía que no se iba a dar cuenta cuando sus hijas crecieran y necesitaran su propio espacio.

«No sé qué va a pasar. Con Leire tenemos nuestro dormitorio, las

niñas ahora están juntas en una de las piezas y en la otra está la mesa de dibujo y el computador. Al momento que ellas quieran estar separadas, me van a sacar de un chute».

Por eso Nielsen jugaba un Kino semanal. Haberse llevado el premiado en varias rifas en el colegio, y luego en la universidad, le daba cierto optimismo, pese a que nunca superó los ocho aciertos. Hasta el día en que le apuntó a todos.

Nielsen estuvo bien callado con la noticia y un día, mientras almorzábamos con Chong en el casino, llegó y la tiró sin más. El viejo quedó petrificado. Pensó que mi compañero le iba a dejar el curso cojo a inicio de semestre, pero él prometió que tal cosa no iba a ocurrir.

«Le doy mi palabra, profesor. Me gusta trabajar».

«Salud por eso, pues, aunque sea con este jugo rojo de sabor indeterminado», dijo Chong y levantó su vaso plástico.

Nielsen cree que fue por él que se supo lo del Kino en la facultad, que lo contó en una reunión. No imaginaba otra manera de que la copucha hubiese corrido tan rápido. Al principio mi compañero se fastidió, pero después le dio lo mismo. Algunos lo tomaron como esa clase de cuentos que se echan a correr por los pasillos y nadie sabe dónde nacieron. En cualquier caso, ya fuese en su cumpleaños o en un asado, Nielsen siempre terminaba recordando para todos el momento en que supo del premio, y lo hacía del mismo modo, sin el mínimo cambio. En los años en que trabajamos juntos debí oírlo al menos diez veces.

Nielsen lavaba los platos cuando escuchó que en las noticias iban a dar los números del Kino. Tenían un pequeño televisor en la cocina y pegaban el cartón con un imán en el refrigerador, de manera que solo tenía que darse vuelta para seguirlos uno a uno. Siempre hacía lo mismo hasta que salieran los primeros que no estaban entre los suyos y se olvidaba. Pero esa vez coincidió uno y otro y otro y otro. Nielsen se paralizó. Aunque fueron tres o cuatro segundos, pensó que se iba a quedar así, tieso para siempre. Al cabo reaccionó, llenó un vaso de agua con las manos temblorosas, se lo mandó al seco y respiró hondo. Entonces le pidió a Leire que por favor revisara el cartón, le dijo que no escuchó bien los números.

«Acaban de darlos. Debieran estar ahora en internet».

Su mujer tomó el teléfono celular que estaba en el comedor y entró al sitio de Kino. Nielsen se quedó con las manos en el jaboncillo del lavaplatos, esperando con los ojos cerrados. Ese momento se le hizo eterno. Hasta que Leire comprobó que eran los mismos números, los mismos santos y putos números.

«¡*Ostia! ¡Ostia! ¡Loteri tokau zaigula*!», gritó dando saltos en el living. «¡*Ezin du egi izan*!».

Esa noche se durmieron pasadas las tres de la mañana.

Nielsen cobró a través de un banco. Se compró una casa de cinco dormitorios en Antonio Varas, cerca del parque Inés de Suárez. Una casa antigua, con patio amplio, árboles y un cuarto al fondo. También se hizo de dos departamentos para arrendar en un edificio en Macul y una casa en Errezil, el pueblo de trescientas personas donde nació su mujer. A sus hijas, en cambio, les abrió una cuenta con cuarenta millones a cada una. Dejó por escrito que no podían tocar un peso antes de los veinte años.

Con el dinero de los arriendos, sumado el interés de lo que guardó en el banco, Nielsen mantiene hoy a su familia con tranquilidad. Y si hace clases es porque le gusta, para no aburrirse.

«Ni caer en los vicios que produce el ocio y la holgazanería», dice bastante serio.

Nielsen hizo algo más una vez que ganó el premio: le pidió a la universidad que su sueldo lo depositara en la cuenta de sus papás. Ellos vivían en las afueras de Punta Arenas, estaban jubilados, sus pensiones eran bajas y siempre andaban cortos, por lo tanto les resolvió el problema con esa decisión: sueldo, bono de marzo, aguinaldo de fiestas patrias, de navidad y cualquier otro peso que cayera en su liquidación mensual se iba completo a Punta Arenas.

Los discos que compraba siguieron llegando a la universidad. Pero se cuidó de no tentarse ni de gastar demasiado. Nunca pagó sobre cien dólares en total. Eso hasta el día cuando se le perdieron dos. Ambas eran ediciones conmemorativas de los primeros álbumes de Primus. Nielsen se volvió loco. Dio vuelta la oficina buscando.

«No lo puedo creer», gruñía. «Soy capaz de bajar ahora mismo al patio y ponerlos a todos en fila, empelotarlos y registrar las mochilas».

Sus discos no aparecieron. Nielsen decidió entonces cambiar la

dirección de despacho y poner la de su casa. Aunque antes tuvo que resolver el problema de su culpa jesuita. Sabía que después del Kino la compra de discos era un asunto que a Leire no le iba a importar. Se había asegurado con dos casas, dos departamentos y los estudios de las niñas, pero aun así se sentía mal por gastar en música cada mes.

«¿Qué es esa mariconada de escuchar en digital? A mí dame los discos, los librillos, el arte de tapa. Los discos se escuchan y se miran».

Le dije que era lo mínimo. Que se lo merecía. Y que no era tanta plata. De hecho, si lo pensaba, aparte de organizar con Leire un viaje a Egipto y Libia, para conocer los lugares donde ocurrieron grandes batallas en la Segunda Guerra Mundial, Nielsen no se había dado ningún lujo con el premio. Salvo una batería, claro. Por eso su interés en conseguir una casa grande con un cuarto al fondo del patio. Nielsen lo transformó en una sala de ensayos profesional, lo selló con aislante de ruido, alfombras gruesas e instaló un monstruo de dos millones de pesos lleno de platillos y accesorios con el cual por las tardes apaciguaba su hiperactividad no tratada.

«Es eso o llamar a la tía Rita».

«¿La tía Rita?», pregunté.

«Rita Lynn».

Capítulo 9

Las cosas son más o menos así: después de revisar pequeños encargos hechos la clase anterior, nos dedicamos a la significación de los personajes secundarios en seis cuadros relevantes de Bruegel. Hablamos de esos peces terribles que salen del agua con brazos y piernas deformes, confirmando la idea del mar como una fuente de peligro constante, de toda clase de tragedias. Otros comentan sobre los huevos con rostro humano que hacen gestos obscenos, se detienen en los insectos antropomorfos o en aquellas ranas de ojos vivaces que se zambullen en el revoltijo incesante de cada escena. Así llegamos otra vez a *El triunfo de la muerte*. En este caso, la mayoría de los animales ha sido reemplazada por los esqueletos vivientes. Cualquier forma de alegoría es absorbida por los batallones de hueso que llegan en busca de los vivos, con excepción de ciertos peces y lagartos de aspecto prehistórico confundidos en el humo del barco que se quema al centro de la imagen.

Entonces volvemos a la transparencia del horizonte, a la nitidez del fondo. Reitero comentarios de sesiones anteriores y presento un nuevo elemento que podemos considerar relevante: el silencio.

Comparado con el caos de los primeros planos, el horizonte no tiene acción, está desolado, lleno de humaredas torcidas por el viento. Hay tierra estéril, árboles secos o arrancados de cuajo, barcos hundiéndose y la reverberación de fuegos lejanos que se presume gigantescos. Aquello le brinda al cuadro un sentido catastrófico irreversible. No es solo la aldea ni es el reino lo que se quema, es el mundo entero.

«El fuego, los barcos al garete, la tierra negra, los árboles secos y los animales muertos. La vida se termina y toda forma de escape es una trampa. Nadie logra ir a ninguna parte. Si no los atrapa el desastre, terminan en el fondo del mar, desde donde vienen esas criaturas monstruosas que asoman en la escena», digo y cito al profesor Valeriano Bozal respecto del horizonte. Bozal es uno de los estudiosos de la obra de Bruegel con ideas más atractivas. Estuvo en el encuentro

en la Universidad de Tampa y dictó una conferencia. Al final compré uno de sus libros en un stand afuera de la sala y le pedí que lo firmara.

Leo en voz alta lo que dice Bozal al respecto:

«*Precisamente porque la distancia es grande, hasta alcanzar el horizonte, el sentido de estos lugares posee un carácter cósmico: son los que alcanzan nuestra vista, son el mundo*» y pido atención a ciertos elementos ampliados en el proyector. Varios alumnos están fascinados y otros tienen una actitud como si quisieran absorber cada detalle técnico. Una chica de anteojos y pelo teñido de azul menciona a un artista llamado Larry Carroll, famoso, dice, por las portadas de los álbumes de Slayer. Menciona un disco llamado *Christ Illusion*, donde también hay horizontes y humos torcidos por el viento. Busco la imagen y la abro para revisarla entre todos.

«Qué chacal», murmura alguien.

«Es horrible pero es hermosa», agrega otro.

«¿Y a usted le gusta Slayer?», le pregunto a la chica que mencionó al ilustrador.

«Por supuesto», dice. «A quién no».

«¿En qué año nació?».

«En 1994».

Es probable que la última vez que escuché a Slayer haya sido en 1990. Más que viejo, me siento obsoleto, lo que es bastante peor.

La conversación gira hacia las influencias y los homenajes. Discutimos un momento. El grupo opina y se muestra interesado. Menos Hurtado Cruchaga. Está en la última corrida de asientos y, de nuevo, más pendiente de su teléfono que de la clase. Pero ahora ni siquiera cubre el resplandor de la pantalla que lo delata en la sala en penumbra.

Sin cortar el hilo de lo que hablo, me acerco hacia él. Al verme venir, baja el teléfono y lo guarda en su pantalón. Mientras tanto, otra chica hace un nuevo comentario: sobre la proa del barco, justo al centro de *El triunfo de la muerte*, se ha dado cuenta de que está lleno de personajes distintos a los de la escena general. En especial uno que tiene cuernos, alas de murciélago y los ojos, al parecer, blancos.

De pronto los alumnos se han adueñado de la clase, discuten entre ellos, se levantan del asiento para indicar segmentos de la pintura.

¿Cuál es el mejor seminario? Aquel en que el profesor desaparece entre el entusiasmo genuino de los alumnos. Puedes aspirar a esos momentos en una o dos ocasiones en toda tu vida académica.

«Esa figura del centro es un demonio», dice una de las chicas. «Es un diablo. Allí está la explicación».

La acotación hace que varios hablen al mismo tiempo. Al principio es un bullicio, pero logran ordenarse.

«No es el único que tenemos», digo. «Un poco más arriba hay otra figura que se mimetiza con el humo y también tiene los ojos blancos. Tampoco es humano. Ahora miren esto...».

Voy al computador y busco la reproducción de los *Proverbios flamencos*, terminada por Bruegel antes de *El triunfo de la muerte*. También tiene buena resolución: 9,8 MB y 240 pixeles.

«Fíjense en el extremo inferior izquierdo. ¿Qué es lo que ven? ¿Qué es lo que está allí?», pregunto. «¿Y en el centro de la imagen? ¿No notan nada raro? Quizás haya alguien o algo que no deba estar allí».

Entonces suena un teléfono. Es un sonido agudo que irrumpe en la sala como un chorro de estática que corta el silencio. Es el teléfono de Hurtado Cruchaga.

Suena tres veces y él, en vez de cortar la llamada, contesta. No oigo lo que dice porque de pronto dejo de escuchar y siento que todo ocurre bajo el agua, con ruidos amortiguados, irreconocibles. Veo que el chico abre la boca y habla y no sé cuántos segundos pasan ni cuántas palabras dice hasta que llego a su asiento, le quito el teléfono de un zarpazo y con el mismo impulso lo arrojo contra una muralla. El aparato cruza de un lado a otro sin perder su luminosidad. Podría ser un avión o una nave espacial que va directo a estrellarse en la pared y está condenada a apagarse para siempre.

«Te lo pedí por la buena, pendejo de la concha de tu madre».

Hurtado Cruchaga hace un intento por levantarse de la silla. De seguro se me vendrá encima, pero antes lo tomo del cuello. Así lo retengo uno, dos, tres segundos. Los suficientes para decirle algo más que la adrenalina me hace olvidar de inmediato.

Lo que haya salido de mi boca, Hurtado Cruchaga no lo responde. Está paralizado. Lo suelto y me quedo ahí, con las manos empuñadas. Siento el corazón pateándome el pecho, se me junta saliva ácida bajo

la lengua y luego viene un temblor de piernas, como si fueran a quebrarse al igual que dos palos viejos.

«Se acabó, muchachos», digo al cabo de un momento que pudo ser muy largo o muy corto y ellos se paran apurados y abandonan la sala. Hurtado Cruchaga ha sido el primero. En medio del grupo que sale, la chica que habló de Slayer me dedica una sonrisa malévola y hace la señal de los cuernos.

La sala queda vacía y los *Proverbios flamencos* resplandecen en la oscuridad. En especial esa mujer de la esquina inferior izquierda que ha atrapado a un demonio y lo tiene inmovilizado contra el suelo. A ella nadie le presta atención pues los personajes de la escena llenan el cuadro cada uno por su lado, encerrados en su locura. Pero esa mujer está haciendo lo correcto, aunque nadie lo note. Es lo correcto y no hay vuelta. Eso me alivia, me tranquiliza poco a poco. Pasan los minutos, tomo mis cosas y cierro la puerta de la sala por fuera. He alcanzado a poner dos notas pequeñas en lo que va del semestre, de modo que el curso podrá terminarlo cualquier otro profesor. Nielsen, por ejemplo, que un día, al verme observando los detalles ampliados de *El triunfo de la muerte*, hizo un comentario bastante lúcido que podría ser el corolario de todo esto:

«Así vamos a terminar, compañero, como ese montón de pelotudos que arranca de las calaveras».

Capítulo 10

La última noche que paso en el departamento duermo en el suelo. Los viejos del camión de la basura se llevaron todo en dos minutos. Hasta el chofer ayudó a cargar. No tengo siquiera una almohada. Ocupo en su lugar el bolso deportivo donde guardo la ropa que llevaré al viaje: dos bermudas, un pantalón de mezclilla, tres poleras, un cortaviento, un puñado de calzoncillos, otro de calcetines y mis alpargatas. En mi mochila va el computador, un diccionario inglés-español grande y otro de bolsillo; también metí mi pasaporte y el estuche donde conservo media docena de pinceles y espátulas. Fue lo último que guardé y lo hice porque no soporté ver que la novia de Anthony Castillo lo tomara para echarlo a su bolso tubular como quien mete algo porque tiene la oportunidad de llevárselo. En ese estuche están las que fueron mis herramientas de trabajo y si he pasado tantos años sin ocuparlas no significa que un día no lo haga de nuevo. Quiero pensar que llegará el minuto cuando sea capaz de recuperar el tiempo que gasté enseñando y seguir mi camino de pintor; atreverme a entrar a una tienda de insumos y de una puta vez pedir dos o tres telas enmarcadas y un set de óleos antes que responder que no busco nada, que no se me ofrece nada y ando mirando como miran los que no se atreven.

No quiero quedarme pegado, pero si el papá de Hurtado Cruchaga pone abogados, ¿pedirá que me metan preso, que le pague un millón de pesos por daño moral además de un celular nuevo? Con los días puede que el tema se calme y quede allí, que se olviden. Quizás el papá de Hurtado Cruchaga también vea su celular mientras está en una reunión social, mientras su esposa le habla, mientras toma desayuno o mira tele.

Hay modales que no se pueden enseñar y si no los traes de la casa, no los consigues en ningún lado. De pronto se me hizo difícil congeniar con esos chicos que entraban medio perdidos a la carrera. Al comienzo, pese a la inexperiencia, mi juventud era un elemento a favor. Digo: la cercanía generacional, la sintonía necesaria para

entendernos en los aspectos domésticos del curso. Sin embargo el paso de los años alargó la brecha y los puntos en común tendieron a desaparecer. Podría tolerar que muchos llegaran sin tanta convicción, o con la única convicción de que una facultad de arte sería menos abrumadora que una de ingeniería o de ciencias sociales. Eso no es nuevo. Aun así me cuesta entender que una carrera que fue elegida de manera libre se transforme en un peso, en una obligación que a la primera oportunidad de eludirla, se elude.

Sé que no debo medir a los estudiantes con la misma vara de los tiempos en que yo lo fui. «No son tus hijos, no los trates igual que si lo fueran. No esperes lo que podría esperar un papá». Ese fue el segundo consejo que me dio una de las Paulinas y vaya si tiene razón. Es verdad, no es justo ni está bien, pero cuando en una sala el profesor parece más interesado que los alumnos en los contenidos, es inevitable no fastidiarse ni sentir ganas de romperle el teléfono a ese pendejo que vivía pendiente de lo menos fundamental.

Lo pregunté a varios durante los últimos semestres: ¿Tan aburrida es la materia que se distrae con el celular? ¿Tanto dinero tiene que paga por una mesa y una silla para ver videos? Las facultades de arte podrán albergar entre sus estudiantes a gente loca y dislocada a la cual encauzar hacia un destino mejor sin quitarles, digamos, su identidad; gente huevona, por último. Con la flojera, en cambio, no hay mucho que hacer. Así se fueron torciendo las cosas, hasta que caí en la cuenta de que preparaba mis clases en función de que los alumnos no se aburrieran, que todas las innovaciones y ajustes de los últimos semestres los hacía para mantenerlos atentos, despiertos, contentos, conformes con el servicio. Armaba un show. Me ponía un casete. Empezaba a convertirme en un funcionario.

Una vez me encontré en un baño con Rufino Mosquera, profesor de los seminarios avanzados. Toda una eminencia en la gráfica chilena, primero en el exilio y luego en los gobiernos de la Concertación. Maneado con la tecnología como él solo, pero sabía dirigir grupos y dar ideas. Mosquera tenía una agencia que contrataba gente joven a la que iba formando. Además, era futbolero y se comentaba que fue el diseñador de algunas camisetas históricas de la Universidad de Chile a mediados de los noventa. Dicen, según contó Chong en un asado, que

fue suya la idea de oscurecer el azul que se empezó a ocupar desde 1992 y que los números fueran más grandes y cuadrados, casi a todo el ancho de la espalda. Al parecer él hizo el puente con Avia, la empresa norteamericana que vistió al primer equipo hasta 1995.

El profe Rufino meaba a sus anchas cuando entré al baño.

«Cómo vas con Bruegel», me preguntó. «Cómo vas con esos monos con la pichuleta parada».

«Avanzando, profesor. ¿Y usted? ¿Sus alumnos?».

«Que se vayan a la chucha», gruñó cambiando su actitud apacible. Se acomodó el pantalón y fue a lavarse las manos. En ese momento comenzó su andanada: «¿Quién dijo que la universidad era para todos? Estamos llenos de gente que no quiere estudiar. Que no quiere aprender nada. No quiere, no le importa ni le va a importar. Y sus papás los mandan porque sí, porque pueden mandarlos. El otro día hablé con mis hijos, ¿sabes? Son dos y deben tener tu edad. Salieron cabezones como la mamá y estudiaron matemática. Son de los que pueden vivir en paz sin ver una película, sin leer un libro, sin escuchar un disco ni entrar a un museo... su mundo son los números, pero el otro día les dije algo: que cuando mis nietos estuvieran grandes, más que preguntarles qué iban a estudiar, por favor les preguntaran si en realidad tenían ganas de estudiar o de buscarse un trabajo. Me quedaron mirando con así los ojos, pero supongo que entendieron lo que trataba de decirles. Créeme que me voy a asegurar de estar vivo para ver esa conversación. Acá la cosa está cabrona. Tú lo sabes. Miro mis cursos y pienso que hay que asegurar a dos o tres, a los más motivados. Educas bien a un par de ñatos y estás al otro lado. Ni siquiera digo que a los mejores, sino a los que sientan que si no aprenden, se mueren».

Mosquera terminó de hablar, se arregló la camisa frente al espejo y se despidió. Me quedé largo rato en el baño, con miedo de salir al pasillo.

Me levanto tres o cuatro veces durante la noche. Me duele la espalda, tengo la boca seca y la sensación de haber soñado con varias personas y situaciones que no consigo recordar con claridad. Todos han sido episodios cortos e inconexos. En uno de esos instantes en que camino

por el departamento tratando de volver al sueño, veo que del otro lado de la ventana, en el pequeño antejardín del edificio, hay un gato negro que me observa. No me molestó en absoluto acostarme en el suelo ni en una habitación sin cortinas, pero esto es distinto: no estoy expuesto a la mirada pasajera de algún curioso, sino a un par de ojos fijos. La luz del poste cercano ayuda a definir el contorno del gato, tiene las orejas paradas, atento a cualquier sonido que emita. Me sigue con curiosidad y no se asusta cuando abro la ventana y lo llamo moviendo los dedos. Al comienzo duda, pero al cabo de unos segundos se anima, da pasos cautelosos hasta quedar a suficiente distancia para que pueda acariciarle el lomo. Tengo medio cuerpo afuera y el gato se enrosca y comienza a ronronear como un pequeño motor. Se nota contento, por momentos tan contento que se deja caer de lado y se estira. Es un animal joven, bien alimentado, tiene el pelaje suave y lleva un collar rojo con un cascabel. Lástima que con ese adorno esté siempre en desventaja para cazar pájaros o ponerle las garras encima a una laucha. Cualquier movimiento lo delata. Es el costo de la domesticación.

La forma como estoy arrimado a la ventana hace que me duela aún más la espalda. Me incorporo a duras penas y el gato, en vez de alejarse, se encarama en el marco. Vuelvo a pasar una mano por su lomo y eso lo anima a dar un salto hacia mi hombro y luego otro hacia adentro del departamento. Nunca he tenido animales. Tampoco es que los deteste. El gato advierte que no soy un agente peligroso y por lo mismo ahora da vueltas por el dormitorio vacío. Miro el reloj. Son casi las tres de la mañana. Afuera no hace ni frío ni calor, de manera que dejo la ventana abierta para que el gato se vaya por la suyas, aunque nada más tumbarme en el suelo, él se sube sobre mi pecho, acomoda sus patas como si fuera un pollo asado y me mira fijamente. Al cabo de un minuto, el muy zorro se queda dormido. No sé cuánto rato pasa hasta que empieza a maullar, quizás tiene hambre y no tengo nada para darle. Se quiere ir, pero resbala al tratar de encaramarse en la ventana. Me levanto, lo tomo acunándolo entre mi pecho y el antebrazo. Debe pesar dos kilos, y comienzo a sentir su ronroneo a la altura de mi corazón. Es tan fuerte que me vibra el pecho. Nos quedamos así, lo acaricio entre las orejas y él cierra los ojos,

entregado. Es el momento ideal para quitarle el collar que lleva puesto.

«Que te vaya bien, chiquito», le digo al llevarlo a la ventana. El gato da un salto y se aleja con cautela, tratando de reconocerse ahora que ha vuelto a ser libre. Ahora podrá cazar su alimento sin la humillación del cascabel, también podrá pelear de igual a igual en los techos. El gato camina hasta desaparecer en la tranquilidad oscura del jardín.

Despierto poco antes de las ocho de la mañana. Permanezco unos minutos con la vista clavada en la textura del techo de la habitación que alguna vez fue blanco. Los años lo han puesto del color de los huesos viejos. Hay dos o tres manchas solo perceptibles a esta hora, con esta luz y en esta ubicación. Parecen rastros de aceite, como si hubiesen lanzado comida y después intentado limpiar.

Desde el otro lado de la ventana llegan los ruidos de la ciudad. Es el bufido de las micros que aceleran, las bocinas de los autos frente al semáforo que parpadea, el ladrido de un perro, y de pronto, en un lapso de silencio de apenas unos segundos, los tacos de una mujer que camina apurada. A lo lejos, el sol resplandece sobre Ñuñoa.

Me asomo por la ventana y noto que la calle está mojada. Están mojados el asfalto y las plantas del jardín. En cualquier caso, el agua poco a poco comenzará a evaporarse o será absorbida por la tierra. De seguro ayudará a formar nuevas colonias de musgos en las paredes del edificio. Si hay suerte, tal vez asome una planta entre las grietas del suelo. Las he visto. Es un fenómeno curioso: una forma de vida que crece donde no hay ninguna chance. Y si no interviniera la mano del hombre, de seguro podría resistir las heladas del invierno, ganar altura durante la primavera y prepararse para soportar el verano seco. La forma como sus raíces se adaptan al cemento es, al menos para mí, un completo misterio.

Entro a la ducha y la falta de cortina de baño hace que deje un desastre. Después de secarme, uso la misma toalla para quitar el agua del piso, la meto en una bolsa de supermercado y la llevo al basurero del patio interior del edificio. A las nueve de la mañana estoy vestido, terminando mi segundo café apenas tibio y listo para cerrar el departamento con doble llave, conforme lo ha pedido doña Teresa. El

tazón que acabo de lavar, el pequeño frasco de café, el azucarero y una cuchara serán los únicos vestigios que los nuevos arrendatarios encuentren de quien vivió aquí antes que ellos. Si pintara un cuadro se llamaría *Último desayuno antes de un viaje sin regreso*. Lo imagino por unos minutos y no veo más que una naturaleza muerta. Demasiado aburrido y malo el título. Tal vez una fotografía quede mejor.

Doña Teresa vive cerca del teatro Novedades. Para llegar debo tomar micro y metro. Estoy en el paradero cuando suena el teléfono.

Chong.

No contesto.

Nuevo mensaje.

Lo que sospechaba:

El papá quiere demandar. No sabes con quién te metiste. Arreglemos esto.

Que lo arregle él. Son las consecuencias de su proyecto: abrir el portón, que entren los que quieran, vamos, pasen, adelante, bienvenidos y nosotros, los profesores, nos hacemos cargo de los paquetes. Es el juego de las sábanas cortas: sé todo lo exigente que puedas pero que no se te vayan los alumnos, que no deserten, que no reprueben tanto. Mantenlos entusiasmados, felices, conformes.

Yo:

Qué miedo.

Chong:

Vas a cagar para siempre, cobarde.

Respuesta:

8==D

Chong:

Qué es eso. Te repito: viene la mala.

¿Chong habla en serio? Espero que no. Aunque es probable. Más de una vez salí de la oficina y encontré en el pasillo a uno que otro *apoderado* esperando ser atendido por las autoridades de la carrera. No era necesario ser muy observador para saber de qué se trataba: informes de notas, causales de eliminación, justificativos atrasados. Y muchas veces esperaban con sus hijos sentados al lado, como si los llevaran al pediatra. Era un espectáculo encontrarse con esos patanes

allí, amurrados, aplastados por la vergüenza de que sus compañeros pasaran y los vieran y notaran lo parecidos que eran a sus padres.

¿Hay cosa más horrible que darte cuenta de que eres idéntico a tu papá? Sí, hay peor: darte cuenta de que te comportas igual que él, que has cometido los mismos errores y elegido el mismo camino y la misma clase de gente para relacionarte.

Si pintara un cuadro al respecto podría llamarlo *Genética* y sería acrílico sobre papel con recortes de fotos familiares, de periódicos y revistas en blanco y negro y ampliados en fotocopiadora para aumentar el tramado. Le pediría ayuda a Nielsen, considerando su manejo de la técnica de Dicker-Brandeis. Las imágenes estarían con el grano tan reventado que podrían transformarse en monstruos marinos, en seres de las profundidades o bichos intergalácticos, que vienen a ser más o menos lo mismo.

Le he dicho a doña Teresa que me voy a Río de Janeiro. Serán seis meses. O puede que un año. Ya no me hacía ilusiones con una beca a la que postulé hasta que de pronto me llamaron y esto fue ayer y logré desocupar su departamento tan rápido como pude. Por eso, le repito, que se quede con la plata de la garantía.

«Bueno», dice resignada y quizás qué cara tengo porque me pregunta si he tomado desayuno. Le digo que más o menos y acto seguido ella va a la cocina y regresa con un tazón de leche caliente y dos masas con forma y tamaño de heces espolvoreadas con azúcar flor. Miro el plato. Ella se adelanta a cualquier comentario.

«Mis nietos las llaman caquitas dulces», dice. «Todas las semanas les hago una fuente para que lleven al colegio».

«Caquitas dulces», repito.

«Así es. Las caquitas dulces de la abuela» y da una risotada.

Doña Teresa habla de sus hijos traumatólogos y de sus nietos revoltosos y yo la escucho y asiento con la boca llena. Pese a su notorio aspecto fecal, las masas están sabrosas. Una tiene un toque a canela y la otra a vainilla. Las paso con pequeños sorbos de leche. Hace años que no tomaba leche blanca, tibia, espumosa, sin siquiera con un poco de azúcar. Me siento como si en vez de viajar fuera un chico rumbo a su primer día de escuela.

Conversamos poco rato más. Doña Teresa me pregunta cómo está el barrio. Le digo que sigue igual: ruidoso y congestionado en las horas punta, plagado de edificios nuevos y resistiendo el desfile de pungas que los días de fútbol pasa por Campo de Deportes rumbo al Estadio Nacional; que resiste pese a que lo dejen lleno de basura que los municipales tardan en limpiar. Llego hasta ahí. No quiero agobiarla, pero aquello es poco comparado con lo que vi estos años desde la ventana del departamento. Si en los días de recitales masivos los vendedores transforman la calle en un chiquero, peores son las barras de fútbol, con los hombres meando en las paredes y las mujeres entre los autos estacionados frente a los edificios. Ellas se ponen en cuclillas y botan sus caldos como si nada, con sus nalgas salpicadas de ronchas y el matorral goteando al medio. Apenas si se suben el buzo (porque siempre andan de buzo) para seguir con el piño rumbo a la galería. Podría pintar esa imagen. Sería un cuadro nocturno: al centro, una gorda evacuando entre dos autos, embutida dentro de una camiseta de fútbol e iluminada por un farol. Detrás, un grupo de hinchas sin rostro pasa con banderas gigantes. Al fondo, fuegos artificiales estallando en la oscuridad. Podría llamarse *El deporte es salud y bienestar para las naciones*.

Termino la leche y el último trozo de las masas azucaradas. Repito que saben fantástico, mis elogios surten efecto y doña Teresa me ofrece más. Acepto y le digo que las llevaré para el camino, en la mochila. Con un par aguanto hasta la cena en el avión, pero ella trae ocho y me las entrega en una bolsa Ziploc, lo cual es mejor de lo que pensaba: si las raciono serán suficientes para mi primera comida en Estados Unidos y podré ahorrar unos dólares.

Nos despedimos. Doña Teresa me desea suerte. Dice que si al regreso no tengo dónde llegar, puede recibirme unos días en su casa, que hay una pieza atrás, en el patio, con una cama y un velador.

«Lo tendré en cuenta… y le agradezco por todo», digo.

Ella sonríe y abre la puerta. Me despido con un abrazo y siento que ahora sí he terminado mis compromisos con la humanidad. O, al menos, con la parte con la que me he relacionado hasta ahora.

Antes de pasar por la casa de cambio y convertir el resto de mi dinero

en dólares, entro a una farmacia en el Paseo Ahumada y pido los siguientes productos: una caja de paracetamol, otra de ibuprofeno, una tira de pastillas de carbón, un gel desinfectante, un jarabe para la tos, un protector solar pequeño y cinco sobres de sal de fruta (siempre están en oferta). La primera señal que tuve de que estaba envejeciendo fue el alivio que me dio saber que abrirían una farmacia cerca del departamento (si no me equivoco, fui el segundo cliente en entrar el día que comenzó a funcionar. Me regalaron un lápiz y un globo).

Al momento de pagar, doy mi rut y tengo un descuento de doscientos pesos. Me entregan los productos en un cambucho que meto en un bolsillo interior de mi mochila. Cuando pasas los cuarenta y te lanzas a la aventura, un par de remedios en el equipaje da cierta seguridad en el porvenir.

Llego a la casa de cambios y espero mi turno. Antes hay dos colombianas guapas y teñidas de un rubio escandaloso que destella entre los colores tropicales de sus ropas deportivas. Son todo curvas y lo saben. Lo saben perfectamente. Las chicas sacan y sacan billetes de sus carteras. Son tantos que los toman de a puñados. Una parte la quieren enviar a su país y con la otra no sé qué enredo arman. Tardan diez largos minutos en resolver su lío con un cajero al que de seguro le cuesta concentrarse en su trabajo. Al momento de salir, los que estamos allí no hacemos más que abrirles el paso. Las chicas se van y dejan el aire cargado de electricidad. Esa es la palabra. No es perfume, es algo más poderoso, es una carga, un campo magnético. Por un segundo nos miramos entre el cajero y los otros clientes (tres turistas alemanes) con una mezcla de satisfacción y abatimiento ante tal despliegue de la naturaleza.

«Quiero esto en dólares», digo cuando corresponde mi turno. Salvo quince mil pesos, paso por la ventanilla toda la plata que llevo. El cajero sonríe al ver dos fajos de billetes ordenados por colores y una ruma con monedas de quinientos pesos. Cuenta la plata, hace cálculos en una sumadora y la voltea hacia mí para mostrar la cifra.

«Sí», digo.

«Solo tengo de veinte».

«Está bien».

Con el dinero en el bolsillo, estoy en condiciones de tomar el bus al

aeropuerto. No tengo nada más que hacer salvo esperar a que salga el vuelo, pero en el camino me desvío hacia un Dominó y pido la promoción de dos italianos.

«¿Y para tomar?».

«Nada».

«¿Un jugo? ¿Una bebida?».

«No, gracias».

«¿Una cerveza? Hay schop en promoción».

«No».

El garzón me mira serio. Es con los refrescos y las cervezas con lo que más ganan estos malditos, y si le pido un vaso con agua no puede negarlo. En la espera, vibra mi teléfono.

Es Nielsen.

«La media cagada que dejaste. Ayer no vine a la universidad, me desconecté de todo y me acabo de enterar».

«Tú habrías hecho lo mismo».

«No lo sé. A veces soy pura boca. ¿Dónde estás?».

«En el Dominó».

«¿Es verdad que te vas? Chong me lo dijo. Está loco. Poco le falta para caminar por las paredes».

«Sí, es verdad».

«Ni cagando. No te creo».

«En serio. Me voy».

«¿Y adónde?».

«A Tampa».

«¡Tampax!».

«Así es».

«¿Qué vas a hacer allá? Te podrías ir a una cueva en el Cajón del Maipo si la idea es fondearte un rato».

«Hay que moverse lejos. No puedo quedarme acá. No quiero. Tampa es el lugar más lejano que conozco».

«¿Tienes plata?».

«Lo justo para aguantar».

«A qué hora te vas».

«En la noche».

Nielsen se queda un momento en silencio.

«Qué increíble», dice. «Todo a la cresta en un segundo».

«Así es».

«Espero que sea por poco. Que te despejes, vuelvas y se arregle el naipe. Yo voy a calmar a Chong. Le voy a pedir ayuda a las Paulinas. A ellas siempre las escucha. Y acá estamos por si me necesitas».

«En realidad, sí», le digo. «Pensaba escribirte, pero ya que hablamos...».

«Dime».

«Quiero que entres a mi computador y borres lo que pilles, salvo las notas del curso que están en una planilla. Déjalo pelado. La clave del equipo es *trabajaesclavo* y la del Outlook es *neptunovive*, junto y en bajas. Borra los mails, lo que tengan las bandejas. Si hay algo nuevo que sea importante reenvíamelo al Gmail. Lo dejo a tu criterio».

«¿Estás seguro de esto?».

«Hay que desaparecer por completo».

«Veo tu computador ahora».

«Muchas gracias».

«Oye, si quedas corto, puedo hacerte un depósito. Arreglamos después».

«Gracias, Bruno».

Nielsen es una de las personas que echaré de menos. Sé que volveremos a hablar y podré contarle mejor y con detalles cómo fue el lío. Y sé que me cuidará la espalda, que se encargará de defenderme de los pelambres hasta que le sea posible. Después el río seguirá su curso. Llegará otro profesor en mi lugar y con el tiempo Nielsen también le hablará de música. Veremos si se acostumbra al tamborileo.

Mientras bajo los completos, veo las noticias en un televisor empotrado en una esquina. Hay un despacho en vivo con un ministro del gobierno. Es un señor de corbata y rostro bastante demacrado. Discute con la prensa de un tema que ignoro pues la imagen está sin volumen. El tipo habla rodeado de gente y de micrófonos y me gustaría saber si en este minuto sentirá ganas de tomar a uno de esos periodistas por el cuello y pedirle que deje de preguntarle tonterías, o de mandar a Chile entero a la cresta y hacerlo a través de la televisión. No costaría tanto. Si el ministro zarandeara a uno de los tipos que lo fastidian, la noticia daría la vuelta al mundo durante unos días. Las

imágenes podrían llegar a ser incluidas en un programa de situaciones cómicas en Polonia o Eslovaquia, de esos que muestran grabaciones terribles venidas de distintas partes del mundo y que por lo mismo, por su lejanía, no afectan y provocan risa o asombro.

Doy las últimas mascadas a mi segundo completo, pido el vale y pago en la caja. Antes de salir, paso al baño a escobillarme los dientes. Alguien dejó la llave del lavamanos abierta.

El vuelo sale a las diez de la noche, pero he llegado al aeropuerto a las cuatro de la tarde, dispuesto a pasar por Policía Internacional de inmediato. Tomé un bus en el metro Los Héroes. Solo boleto de ida. A medida que la máquina avanzaba por la Alameda hacia Pudahuel, Santiago se iba convirtiendo en un lugar sombrío. Pasado la estación República, la avenida principal de este reino da ganas de salir corriendo. A través de la ventana y bajo la sombra de los carteles publicitarios de multitiendas y compañías telefónicas, todo luce abatido por la mugre y el desorden, por las veredas carcomidas, los hoyos en el asfalto, los estudiantes cimarreros y los campamentos de gente sin casa instalados en el bandejón central. Los postes del alumbrado se multiplican envueltos en marañas de cables que los desbordan y amenazan con derramar sus voltios sobre los paraderos de locomoción, con todas esas personas arremolinadas esperando salir de allí y ponerse a salvo. Cuando el bus se detiene en un semáforo, es posible advertir el hastío en sus miradas, sus ojos tristes, sus muecas de criaturas asustadas. Desde la Alameda, Santiago de Chile se ve como un continuo de edificios manchados por el smog, ahogado por su arquitectura desganada y sin memoria, ungida por cientos de rayados sin forma. Son marcas que no dicen nada, que no dicen ni quieren decir nada, pero logran ser el único signo de vida a medida que el tizne cubre esa parte de la capital con una mortaja gris. Pensar que algunos todavía quieren que por acá camine el hombre libre. No sé si lo dirán en serio. Algún día tendremos la respuesta.

Capítulo 11

Compro *Las Últimas Noticias* para matar las horas. Será lo último que sepa de este país. Mi intención es leerlo completo y en orden. Avanzo las páginas rápido. Asombra lo corto que son los artículos. Así estoy hasta que encuentro uno sobre un pez al que llaman Chanchito. Es originario de la frontera entre Argentina, Brasil y Uruguay. Por lo mismo nadie sabe cómo llegó a la zona entre el Limarí y el Bío Bío. La nota dice que la gente los compra para tenerlos en acuarios, pero son tan voraces que matan a los otros peces y por lo tanto se deshacen de ellos en acequias o riachuelos. No saben que los bicharracos son capaces de resistir cambios de temperatura y de multiplicarse a toda velocidad. Hoy los venden en ferias libres a doscientos pesos.

A un costado de la noticia hay un recuadro sobre el pez león, acaso la especie más depredadora del mundo. Un científico dice que, si se lo propusiera, podría conquistar los océanos en un par de décadas. Y todo gracias al aumento de la temperatura de las aguas. El pez león tiene púas venenosas que alejan a sus enemigos naturales y es capaz de consumir una docena de peces pequeños en media hora. Desova una vez por semana y calculan que pone dos millones de huevos cada temporada. El científico habla de su desplazamiento desde el mar Rojo hasta el Mediterráneo y la posibilidad de que llegue al Atlántico mediante la ampliación del canal de Suez. La especie ya invadió las costas de Cuba y de Florida, y la razón fue similar a la historia de nuestro Chanchito: los ejemplares provenientes de acuarios caseros (echados al mar o a la taza del baño), lograron aclimatarse y se reprodujeron. El científico teme lo peor.

La página opuesta es un aviso de lavadoras y la siguiente tiene una entrevista a una modelo tan guapa que me dan ganas de recortar su foto y convertirla en la patrona de este viaje. La verdad es que no sé si es modelo, pues se trata de una mujer grande y fornida, al menos si se compara con esos espantapájaros con que promueven el estereotipo de belleza local. El artículo no informa de su nacionalidad pues lo

importante son las razones por las que se separó de su pareja, un animador de televisión que, en su esfuerzo por lograr un tono ameno y cercano, termina hablando como cuma, como un pulento vestido con camisas apretadas. Es de esa gente que mientras escucha a sus entrevistados sonríe con el hocico entreabierto y no sabes si está siguiendo el hilo o no entiende de lo que le hablan. Quizás aquello sea el motivo de su éxito: su simpatía de cartón. Pero acá no importa él, sino la modelo y su tristeza.

¿Qué podría ofrecerle yo a ella? ¿Uno de mis cuadros? ¿Una clase particular sobre Bruegel? ¿Habrá visto ella *El triunfo de la muerte*? ¿Qué pensaría? No lo sabré a menos que la busque. Vaya uno a saber dónde.

La página a continuación es la historia de un ingeniero comercial recién egresado que perdió un ojo en un partido de fútbol. El chico jugaba una pichanga con sus compañeros de oficina cuando recibió un pelotazo tan fuerte que lo dejó tuerto. Hay una foto suya antes del accidente. Sonríe. Es rubio. Vive en Las Condes. Podrá comprarse un ojo nuevo.

Estas son las últimas noticias de las que me entero, lo último que podría contarle a quien tenga interés por saber del lugar de donde provengo. En mi viaje anterior conocí gente incapaz de situar a Chile en el mapa. Afuera no importan nuestra pintura ni nuestras artes. Matta y Brantmayer son hechos fortuitos, incidentes aislados. Lo mismo Valentina Vargas, nuestra única actriz relevante en el extranjero. Actuó en *El nombre de la rosa* y en *Hellraiser*. Qué más le podemos pedir. Neruda es conocido por sus poemas de amor y también por sus brutales canalladas, por lo tanto no califica para ser cabeza de cartel de nada. Lo que ha dicho él lo han dicho otros antes y lo dirán otros después. Parra, la última esperanza, es incomprensible fuera de Chile. Hagan lo que hagan, los gringos siempre entenderán la mitad de su poesía. Nuestros vinos son igual de buenos que los buenos vinos de muchos países. A nadie le importa hoy nuestra política. Menos nuestra música. El atractivo, a lo sumo, está en los paisajes, en las escenografías turísticas de los extremos seguidas por nuestras catástrofes, por nuestros terremotos exagerados que hacen que el resto nos compadezca por unos días, mientras adentro la gente vive

esperando lo peor entre erupciones volcánicas, incendios forestales, inundaciones y plagas de bichos que entran por la frontera. Yo también soy de aquellos, de los preparados para que las cosas salgan mal, de los criados con la idea de que no podemos esperar nada de la buena suerte, porque la buena suerte siempre es para otros. De hecho, es por seguridad que llevo el dinero dividido en varios montones que distribuyo en los bolsillos delanteros y traseros de mi pantalón, como si me fueran a asaltar arriba del avión. Apenas llegue al hotel de Tampa pediré extender la reserva de cinco a siete noches. Pagaré al contado y después me quedarán cerca de cuatrocientos dólares. Es lo que tengo y con eso deberé arreglármelas. Sé que el fin del dinero podrá significar el fin de esta historia. Hay que cerrar los ojos y ver qué pasa. Las tempestades aburren. Los truenos, los relámpagos.

Capítulo 12

El Greyhound ha salido del terminal de North Miami. En cuanto se acaban los últimos edificios y las elevaciones de las autopistas desaparecen, el paisaje se convierte en una planicie de vegetación interminable. Es un verde que llega al horizonte entre praderas, ciénagas y manglares. Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que estos terrenos sean urbanizados. Por ahora nada alborota a la tierra elemental. Es una soledad perfecta y hostil. Entre palmeras, cipreses y naranjos crecidos en rebeldía fuera de los predios agrícolas, la naturaleza se abre apenas interrumpida por algunas antenas repetidoras asomando como patas de insectos prehistóricos. En la época de la glaciación, cuatro mil años antes de los primeros asentamientos humanos, esta zona estuvo llena de mastodontes que contaron con cientos de kilómetros donde desplazarse, pero también cientos de kilómetros sin un sitio donde hallar refugio una vez que cambió el clima y les llegó su hora. Quizás cuántos fósiles haya bajo toda esa vegetación, cuántos vestigios permanecen incrustados en las capas más profundas y ciegas de la tierra.

Mi vuelo llegó a Miami poco antes de las ocho de la mañana. Pese a que acompañé la cena abordo con tres vasitos de vino para hacer sueño, no hallé la forma de estar cómodo en mi asiento. Sentí que la cabeza me pesaba demasiado, se iba hacia delante y me hacía doler el cuello. Después fue la espalda, como si el asiento tuviera un resorte o una protuberancia a la altura de los riñones. Despertaba sobresaltado, sintiendo que tropezaba o caía. Hay gente que cree que es el alma desprendiéndose del cuerpo. Hablan de un cordón de plata y de otros misterios. No tengo nada que decir al respecto.

Fue un vuelo incómodo, aunque en el breve instante que pude dormir, lo hice profundamente, tanto que alcancé a soñar y no fue un sueño agradable: de pronto caminaba por un parque abandonado, con senderos de tierra entre explanadas de pasto quemado y árboles secos y rotos. Era un predio enorme y tenía la impresión de no avanzar un

metro. Arriba, el cielo tenía un color plomizo texturado que poco a poco empezaba a opacarse, pero no era el atardecer, no era el final del día: la oscuridad vino desde una enorme sombra levantada en el horizonte; era una suerte de charco de tinta animado que rompía la gravedad y subía expandiéndose hasta tragar el sol como un lagarto engulle a un insecto. La mancha oscura devoró toda fuente de luz y en su lugar dejó un ruido similar al de una pastilla efervescente que rebotaba en el negro absoluto en que todo quedó.

Las luces de la cabina se prendieron cuando comenzaba a amanecer y de inmediato las azafatas irrumpieron con sus carros sirviendo el desayuno. El interior del avión parecía un campo de batalla, con los pasajeros despeinados, con los ojos hinchados, ojerosos y un montón de almohadas, mantas, revistas, vasos y audífonos repartidos entre los asientos o tirados en el suelo.

Faltaba poco para que el avión aterrizara cuando me entró el miedo a que me devolvieran. Pese a tener el pasaje de regreso fechado dentro del plazo admisible, la reserva de hotel y dinero en efectivo para mostrar, me preocupé. Llegué a pensar que estaba encargado a Interpol. Por suerte no era más que mi imaginación exagerada activándose en momentos de peligro. El trámite de ingreso no fue complicado. Incluso estuvo a punto de tocarme González, el mismo oficial de la vez anterior, el de los bigotes de bandido mexicano, pero segundos antes se desocupó otro cubículo.

Son los últimos días del verano en Florida. El calor y la humedad no dan tregua. Nada hace suponer que a medida que el bus avanza por el estado el clima vaya a ser diferente. El cielo de esta mañana está hecho de un azul radioactivo y contrasta con un puñado de pequeñas nubes gordas y redondas repartidas por aquí y por allá. En pocas horas, sin embargo, esas nubes crecerán y se sumarán a otras venidas con el viento del este. Entre todas conformarán una masa gris tan pesada que se derrumbará sobre la tierra con un aguacero. Será una lluvia intensa y breve. Cinco minutos acompañados por una secuencia de truenos espectaculares. Pero solo eso. Una lluvia como cientos de miles de otras lluvias en esta región del planeta y de la que nadie tendrá un recuerdo especial. Acá todo se evapora, acá todo se transforma en agua y así nos vamos.

El reverso de la etiqueta amarrada al equipaje tiene una leyenda que la administración de Greyhound ha impreso con letras rojas sobre fondo blanco: dice que el acceso a los asientos dentro del bus no se hará en base a discriminación por raza, credo, color, religión, género, nacionalidad ni capacidades físicas. Si tengo problemas o dudas al respecto, puedo llamar por teléfono o mandar un correo. Hay un número y un mail que pertenecen a Estados Unidos y otros a Canadá.

El terminal de Greyhound del aeropuerto de Miami es un cubículo de vidrio dispuesto en uno de sus extremos. Para llegar hasta su andén debí tomar el tren de acercamiento, luego avanzar un trecho por un pasillo, bajar en ascensor y caminar otro poco. Mucha gente se pierde y va a dar a cualquier parte. La venta de pasajes de esta mañana estuvo a cargo de dos ancianas latinas. Frente al mesón donde atendían había tres corridas de asientos. Allí los pasajeros esperaban con la vista fija en un televisor en altura sintonizado en CNN. Estaba sin volumen aunque con subtítulos instantáneos hechos de letras blancas y cuadradas sobre parches negros que alguien escribía al instante. Llegué pasadas las ocho de la mañana a buscar un pasaje y en ese momento varias personas aprovechaban de desayunar. Tenían sus alimentos en recipientes plásticos. La gente comía con naturalidad, se chupaban los dedos. De vez en cuando echaban una mirada al teléfono que tenían cargando en los enchufes dispuestos en hilera sobre un pilar.

Me senté a esperar al lado de una negra enorme que se pintaba las uñas con dedicación. Una amarilla y la otra azul, otra amarilla, otra azul. Era mayor que yo, y tenía los brazos tatuados con nombres y fechas. A cada tanto, detenía el pintado de sus uñas para dar largos sorbos de una botella de Gatorade de litro.

Aproveché de conectarme a la red del terminal y revisé mi correo. Había un mail de Nielsen:

¡¡*Good morning, América!*!

Ya, lolo. Hecho. Borré todo en tu computador. Todas las carpetas y el mail. Estuve a punto de tirarle un vaso con agua a la CPU para hacer el sabotaje completo. Solo vi un mensaje relevante. Es una alumna que está en Madrid. Pide que la disculpes por no haber ido aún al Museo del Prado, como le pediste. Escribe para pedirte otra carta de recomendación.

También lo borré.

Cuando vieron el bus, las veteranas del mesón pidieron hacer una fila antes de subir. Orden y progreso. Nuestro equipaje fue acomodado por dos funcionarios que esperaban en el andén. Iban vestidos con uniforme de polera, short y zapatillas. Solo así podían soportar el calor allá afuera, mientras que adentro de la sala el aire acondicionado llegaba en ráfagas que se llevaban el olor del pollo frito, del queso derretido y de la salsa cremosa que acompañaba a los fideos. Así era el desayuno de la gente que tomaba el Greyhound a esa hora, tan distinto de los sándwiches gourmet, los pasteles finos y el café especiado que se ofrecía al interior del aeropuerto a quienes podían pagarse un boleto en avión.

Nuestro bus entró al andén a la hora programada, pero ni bien se bajó, el chofer habló con los encargados de la administración y les indicó un punto inespecífico de la máquina. Al cabo de un instante, se sumó una tercera persona. Venía de una oficina contigua a la sala de espera. Era el supervisor. Los hombres parlamentaron, el chofer regresó al bus y se lo llevó. Los pasajeros que observaban la situación más de cerca murmuraron. Incluso hubo un par que sonrió. En cualquier caso, el hombre salido de la oficina entró a la sala de espera y se ubicó delante de todos para avisar que la máquina asignada para nuestro viaje acababa de tener un problema con el aire acondicionado. Ese imprevisto obligó a cambiarla pues se trataba, como sabíamos, de un viaje que llegaba hasta Nueva York. Nadie pareció sorprenderse con lo que acababan de oír. Yo imaginé el mapa de Estados Unidos, el tiempo que podría tardar un bus en llegar allá arriba y el coraje de los que se atrevían a hacerlo por tierra. Al terminar su anuncio, el hombre pidió disculpas y confió en que el bus de recambio apareciera en pocos minutos. Primero lo dijo en inglés y lo repitió en español, aunque resumido.

El pasaje en bus a Tampa costó cincuenta dólares. El tercio de uno en avión. Tuve suerte de encontrar disponible para el mismo día. No se trata de un viaje corto. El bus salió a las 10.50 y llegará a Tampa a las 18.45. Serán casi ocho horas y en el trayecto pasaremos recogiendo gente por una cantidad de ciudades que no pude retener. Una de las viejecillas las mencionó demasiado rápido cuando compré el pasaje.

Por fuera el Greyhound no tiene ningún atractivo especial. Es un bus pintado con tonos grises y azules. Aunque por dentro sus dos corridas de asientos dobles y de cuero sintético negro son mucho más amplias y cómodas que las de un avión. Fui el cuarto en subir y de inmediato me di cuenta de que la máquina venía de hacer otro trayecto: en los asientos había botellas plásticas con agua o refrescos a medio consumir, pero también algo más: en el puesto que elegí, apegado a la ventana, vi un pequeño bulto negro, un estuche con un par de lentes Ray-Ban. Miré hacia los costados. Los pocos pasajeros entonces arriba estaban ubicando sus cosas. Volví a mirar el estuche, quizás tenía escrito un nombre a quien devolverlo, pero nada de eso. Lo dejé ahí, al costado, como si los lentes fueran míos.

La primera parada después de North Miami es Fort Lauderdale. Suben dos personas. Ambos son negros. Ella es vieja y él es joven. No viajan juntos. El conductor anuncia por altoparlante que ahora nos dirigimos hacia Naples. Allá bajarán tres personas y subirá una. Es un latino joven, vestido con uniforme de faena industrial.

En Fort Myers suben seis. Es un grupo de estudiantes. Cargan mochilas y botellas con agua. Se ubican al fondo y suspiran aliviados al sentir el aire acondicionado que de pronto se activa con energía. En todos los lugares ha sido lo mismo: el bus entra a la ciudad, llega al terminal, el conductor anuncia que estaremos diez minutos y continuamos rumbo. En todos los lugares también he aprovechado de bajarme y caminar, aunque sea un par de metros. A lo mucho ha sido una cuadra, lo suficiente para sentir el calor aplastante. No pensé en ese detalle cuando decidí venir hasta acá en esta fecha. Fort Myers es una caldera gigante, un horno nuboso que aturde. Esa es la palabra. Te quedas paralizado. Es tan intenso, tan fuerte, que de pronto piensas que te podrías morir si no buscas un poco de aire frío de inmediato. Pero aun así considero que hay que moverse y evitar el letargo de tantas horas arriba del bus. Mientras doy esos breves paseos, veo entre los árboles a una que otra ardilla agazapada entre los arbustos. Y si no son las ardillas, son las lagartijas, los cientos de millones de pequeñas lagartijas que hay en este lado del planeta. Basta que por un momento fijes la vista en cualquier planta, en cualquier arbusto, para que notes

que algo se ha movido, que algo de pronto cambió de lugar.

La estridencia de la vegetación me recuerda aquel reportaje de la *National Geographic* sobre los estragos del calentamiento global. Hacia el final, el artículo supone que se requerirá tecnología aún no imaginada para resolver los problemas que habrá durante las próximas décadas. Tecnología que deberá ser inventada por personas que aún no han nacido. Imagino cómo será para la gente que vive en estas ciudades saber que el paisaje que hoy ven a diario en las próximas décadas cambiará de forma tan drástica a causa del agua y de los vientos; que las fotos que hoy tomen en cien años no dirán nada pues será la visión de lugares sumergidos, la visión de las últimas cosas. O tal vez no ocurra nada y todas las calamidades que se anuncian, todas esas catástrofes bíblicas, mañana sean leídas por la gente del futuro como parte del folclor sobre el fin del mundo que nunca llegó.

Frente al terminal de Fort Myers hay un edificio en plena construcción. Al interior suenan máquinas y afuera un par de trabajadores conversa arriba de la tolva de un camión estacionado y cargado con materiales. Llevan cascos y overoles llenos de tirantes, franjas fluorescentes, acolchados y otras protecciones. Por un minuto pienso que yo también podría trabajar en esa faena. Los hombres notan que los observo y levanto la mano. Ellos responden el saludo de manera automática y siguen hablando. La construcción tiene un cierre de madera tapizado con decenas de carteles. Son anuncios de fiestas, conciertos y otras actividades. Están sobrepuestos y varios han sido arrancados a tirones. En uno de ellos se lee:

Te light of a red dawn.

Se enciende el motor del bus. Antes de subir, por instinto, me toco los bolsillos laterales del short y noto que en el derecho tengo parte del dinero y algo que no reconozco hasta que lo saco: es el collar del gato negro. Busco un basurero y lo tiro dentro.

El conductor avisa que el siguiente tramo será extenso. Vamos hacia Port Charlotte y cruzaremos el estado de extremo a extremo, desde el Atlántico hacia el Golfo de México, a través de esa zona de Florida denominada *Alligator Alley*. El chofer anuncia también que allí la parada será de veinte a treinta minutos. Podremos comer si lo

deseamos.

A poco de entrar a Port Charlotte asoman los primeros anuncios publicitarios: son abogados que promocionan servicios con su rostro en primer plano, retratos nítidos, mejor que los de candidatos políticos. Más bien parecen modelos. Todos con la dentadura perfecta. Cada uno promete sacarte de apuro si te han chocado el auto o tuviste un accidente laboral. Eso especialmente: si te han cagado en la calle o en el trabajo. Son hombres y mujeres de estampa segura y sonrisa acogedora, como puede mirar y sonreír alguien más grande que tú, alguien que nunca tendrá la clase de problemas que te aquejan y sin embargo sabe cómo solucionarlos. La primera consulta es gratis. Varios dicen que se habla español.

El bus se detiene al costado de una bencinera Shell en lo que supongo es la periferia de Port Charlotte. La estación tiene un autoservicio cuyo espacio interior está dividido entre un minimarket y un Dunkin' Donuts. Cada uno tiene una caja registradora propia. Son casi las dos de la tarde y tengo hambre. Busco en mis cosas y veo que aún quedan masas de doña Teresa, por lo tanto solo compro un café filtrado de dos dólares que tarda en enfriarse y me dura hasta Sarasota. Allí el bus recoge apenas a una persona, una mujer, que luego de recorrer con la vista los asientos disponibles, se decide por el que está a mi lado y acomoda su mochila en el compartimiento superior. Tiene cara de muñeca rusa. De hecho, es rusa. No acabamos de salir de la ciudad y sé que se llama Tatiana. Dice que ha tomado el Greyhound porque es el modo más económico de llegar a Saint Petersburg, la ciudad que sigue. Su inglés es igual de lento que el mío, de manera que podemos conversar comprendiendo bastante de lo que el otro quiere decir. En verdad, le entiendo todo a Tatiana, salvo su apellido, que es un remolino de consonantes impronunciable. Me lo ha dicho tres veces y apenas distingo que empieza con un rápido *Sch y* termina en *pat*.

Tatiana habla mucho. Diría que es una mujer alegre. Aunque por un momento, al mirar las pupilas de sus ojos celestes, tengo la impresión de que ha tomado de esas pastillas que te mantienen en alerta. Quizás lo hizo para soportar el viaje o bien por el miedo a quedarse dormida y pasarse de ciudad. Hay gente que se vuelve loca arriba de los buses.

No hablo de los que suben botellas de alcohol con ganas de revolverla un poco, sino de los que se transforman, de los sobrepasados por sus fobias, por sus penas y sus culpas vaya uno a saber de qué.

Hasta ahora, por suerte, no ha ocurrido nada de eso. Los pasajeros han optado por dormir o enchufarse audífonos. Todos salvo Tatiana, que me hace preguntas y se asombra cuando le cuento el episodio que me ha traído acá.

«¿Estás tú hablando en serio?».

«Sí, pasó tal cual».

«Dios mío. ¿Y ahora qué vas a hacer?».

«No lo sé».

Tatiana es académica e investigadora del Departamento de Historia de la Universidad de Moscú y ha venido a Florida en busca de los familiares de un antiguo oficial del Ejército Rojo emigrado a Estados Unidos. Se llama Alexander Protasov y al inicio de la Segunda Guerra Mundial tenía el rango de capitán. Tatiana se ha contactado a través de correos electrónicos con hijos y nietos de rusos en diversos puntos del estado que llevan el mismo apellido o tienen leves variaciones en su traspaso del ruso al inglés. Ella tiene la esperanza de que entre los recuerdos familiares conserven documentos, fotos o algo que le dé pistas sobre la vida de este militar que tuvo un momento de esplendor cuando los tanques alemanes enfilaron hacia Moscú.

Tatiana pasó por Miami y Sarasota. No le fue bien. Desde Saint Petersburg debe llegar a Jacksonville. Allí termina su recorrido. Tatiana es mayor que yo. Tal vez bordee los cincuenta. Toma sorbos de una lata de Sprite y me ofrece picotear de su bolsa de maní Planters que sacó de su cartera. Es una bolsa grande, de casi medio kilo. Tatiana come maní mientras habla. Afuera el paisaje permanece como un continuo de verdor, interrumpido de modo ocasional por los camiones que nos adelantan y cuyos acoplados siempre llevan un adhesivo que dice *God Bless America*.

Antes de la guerra, Alexander Protasov vivía en Moscú y además de su rango militar era miembro del Instituto de Medicina Experimental. Aquello resultó clave para que después, en el peor momento del asedio, cuando la falta de suministros hizo que el avance de los tanques alemanes fuese implacable, el investigador propusiera

enfrentarlos utilizando perros cargados con explosivos, un método de bajo costo y, según explicó, bastante efectivo: si los animales eran entrenados para meterse bajo los carros, podían hacer estallar la carga en la única parte donde las máquinas no tenían blindaje. No las harían saltar por los aires, pero la explosión sería suficiente para cortar las correas de las orugas e inmovilizarlas.

Tatiana cuenta que la propuesta de Protasov fue considerada sin objeciones y mientras su equipo trabajaba adiestrando perros, un grupo de ingenieros se encargó de confeccionar el prototipo del arnés para que los animales llevaran hasta dos kilos de dinamita en el lomo.

«Apenas se metían debajo del tanque, activaban una palanca y bum», dice Tatiana, gesticulando el efecto de la explosión sin desprenderse del maní ni de la bebida.

La estrategia desconcertó a los alemanes. Desde el Panzer, los tripulantes no podían ver cuando los perros se acercaban para meterse debajo. A mediados de 1942 se contaron veinte tanques inutilizados de esa manera y Alexander Protasov fue autorizado a masificar la preparación. Tatiana asegura que su equipo llegó a tener treinta personas dedicadas a tiempo completo, sin embargo, cuando vino la hora de probar la estrategia a gran escala, enfrentando a una columna de blindados, el plan salió mal. Un imprevisto asustó a los animales y los hizo huir en sentido contrario. En un par de segundos, veinte perros corrieron a esconderse debajo de los camiones que los habían traído y comenzaron las explosiones.

«Fue culpa de un avión», murmura. «Apareció un caza que sobrevoló la columna de tanques alemanes a poca altura. El avión disparó, asustó a los perros y todo lo que Protasov y su equipo lograron se esfumó en un segundo. Así empezó el desastre».

Tatiana se queda en silencio, como si el fracaso del capitán ruso fuera en parte suyo. Nadie podía tener culpa de algo así. Esa clase de adiestramiento iba contra la naturaleza de los animales. La profesora da un largo sorbo de Sprite y dice que Protasov no fue sancionado. Al menos no hay registros de su nombre en los archivos que el ejército conserva de esa clase de situaciones. Tal vez sus superiores entendieron que fue una mala coincidencia. O quizás sí hubo castigo: fue encerrado en un sótano y lo molieron a palos. Lo cierto es que un

día el capitán desapareció y nunca más se habló de los perros con explosivos. El último rastro que hay de él es una dirección postal incompleta, cuyas únicas palabras que se leen con claridad son *Saint Petersburg* y *FL 84*.

«Ese número es parte de un código postal, de una serie», dice Tatiana, quien al comienzo pensó que la información estaba equivocada, pero no: efectivamente hay una ciudad con ese nombre en Estados Unidos, tiene más de cien años y la fundaron dos empresarios norteamericanos en homenaje a Rusia. Tatiana supone que eso fue clave para que varios compatriotas decidieran instalarse allí después de la guerra (Florida está llena de rusos, en especial Miami). En su investigación hubo muchas pistas que Tatiana consideró relevantes. Por ejemplo, que en Saint Petersburg hubiera una destilería que fabricaba un vodka excelente (luego supo que aquello no era tan exclusivo, pues también había otros de muy buena calidad hechos en San Francisco y en Austin).

Tatiana no cree que Protasov aún viva. Aunque tampoco tiene cómo demostrar que ha muerto. Pensar en lo que podría toparse en Saint Petersburg, dice, la pone nerviosa.

«He venido de tan lejos para saber de él y cómo siguió su vida».

Tatiana guarda lo que queda de maní en su cartera. El Greyhound acaba de salirse de la carretera para entrar al siguiente destino por una ruta costera. El mar se ve gris. El cielo también.

«Vamos camino al centro de Saint Pete», anuncia el conductor. Tatiana me dice que estará una semana alojada en un hotel llamado Indigo y que me sienta libre de contactarla si ando por la ciudad y me apetece tomar una cerveza, que me puedo quedar en su hotel.

«Ha sido bueno conversar contigo».

«Suerte con tu capitán», respondo y nos damos la mano.

La rusa saca la mochila del compartimiento superior y sonríe mirándome con esos ojos de pupilas inmensas.

«Indigo. No lo olvides», es lo último que dice y se va por el pasillo. Abajo, un auxiliar le entrega una maleta verde limón. Tatiana desaparece entre las personas que deambulan por el andén.

Minutos después suben tres pasajeros, tres hombres que dejan una fuerte estela a tabaco. Los tres van vestidos igual: jeans azules y

camisas celestes. Tienen el pelo corto, los brazos tatuados y la mirada ansiosa. Más que trabajadores, da la idea de que son presos recién liberados después de una condena larga.

Me pregunto cómo serán las cárceles de Florida y si es verdad que Protasov llegó escapando de una temporada en prisión. Quedo pegado con la historia del ruso. Imagino las cosas que habrá pensado al ver este paisaje tan lleno de vegetación. ¿Logró empezar de nuevo? ¿Puede alguien empezar de nuevo tras algo así? La profesora ha venido tras los vestigios de una historia que terminó mal. Son los más difíciles de encontrar. Ha viajado tanto que debiera tener una recompensa. Espero que yo también pueda tener la mía. Al menos una oportunidad. Todo iba tranquilo hasta que sonó ese puto teléfono. O bien nada estaba tan tranquilo y aquello fue una detonación acumulada. Tal vez no me di cuenta hasta que llegó el momento en que las cosas tomaron el curso que debían tomar. Como sea, tendré que hacerme una vida nueva. Será eso o nada.

El trayecto desde Saint Pete hacia Tampa no dura más de media hora. El bus cruza varios kilómetros de puentes cercanos al nivel del mar, mientras que arriba el cielo de la bahía otra vez se ha llenado de nubes gruesas, pesadas y negras que me hacen pensar en la facultad: el patio lleno de alumnos, el ruido del taca-taca, del ping-pong, las risotadas de los que comparten un pito de marihuana o una cerveza en vasos de plástico blanco. Siento un sabor amargo entre los dientes, una pasta seca en las encías. Quise dedicarme a algo tan inútil dentro de la cadena productiva como es la pintura y fracasé. No pude. No me dejaron. No fui admitido en el club. Por eso preferí enseñar la obra de pintores antiguos y lejanos. Para no tener el menor punto de referencia con lo contemporáneo. Pero tampoco resultó.

Pienso en Nielsen, más bien lo veo tamborileando con sus audífonos y sus millones que lo autorizan a hacer lo que le venga en gana. Eso me lleva a Nienlí y su gimnasio con mi pintura de fondo. La imagino en la ducha, con sus muslos duros llenos de jabón de naranja que contemplé maravillado. Hasta el recuerdo de la turbina de su secador de pelo infernal se me carga de nostalgia. Dormito pensando en ella, en el momento en que me atenazó con sus piernas y dijo que me fuera

adentro, que no me preocupara, que todo estaba bien y empezó a contraer su suelo pélvico. Nienlí no gemía, no hacía escándalo. Me miraba fijo y respiraba con fuerza, como si estuviera haciendo una rutina de ejercicios. Me había capturado de tal modo que comencé a ver puntos luminosos y sentí que me iba a estallar algo en el cerebro. Al final, caí aturdido, noqueado.

«Pareces un conejo», susurró y nos largamos a reír. Fue tanta la risa que ni siquiera pensé en la posibilidad de que en ese preciso momento ella pudiese haber sido fecundada. Pero eso no ocurrió. Claro que no ocurrió. Lo hubiera sabido. Un hijo o una familia hubieran sido la única razón para permanecer en Chile y enfrentar las cosas mejor, tragando la bronca del momento, haciéndome el loco. Con un hijo tendría el coraje suficiente para estrellarme contra una muralla si hiciera falta; para incendiar Santiago si lo pidieran.

No sé cuánto rato ha pasado, pero el bus se ha movido bruscamente. De seguro fue un bache en el camino o un animal que se cruzó de improviso. Entonces pienso en Chong. No lo imagino en su oficina de director, sino en el Tavelli del Drugstore, tomándose un café acompañado de un triángulo de ave pimentón, rodeado de gente desocupada a la hora en que el país trabaja. Pienso incluso en Hurtado Cruchaga: conversa por teléfono al fondo de una sala sin que a nadie le importe, sin que a nadie le moleste. Al cabo de unos días pocos hablarán de lo que ocurrió conmigo en la sala de clases, llegarán las vacaciones de fiestas patrias con sus cuecas gritonas que lo impregnarán todo de un caldo infecto; llegará el término del semestre con los exámenes, las muestras finales, las apelaciones, los llantos de los reprobados, uno que otro agradecimiento por lo aprendido, la firma de actas, las titulaciones, la campaña de admisión con su estrategia de marketing y las vacaciones de verano. Entonces la rutina comenzará de cero y mi nombre no estará en ningún registro de la facultad, lo cual me produce un alivio inmenso, salvo por un detalle: estoy seguro de que nadie tampoco volverá a hablar de Bruegel. Quizás un alumno se tope por ahí con *El triunfo de la muerte* en internet y busque sobre el autor. Será un hecho casual. Ha pasado tantas veces en tantas universidades con tantos pintores, con tantos artistas, con tantos libros. No veo por qué ahora debiera ser diferente.

La pelea contra el olvido es una pelea perdida. No hay manera de resistir. Todo, al final, caerá derrumbado.

Epílogo

A poco de entrar a Tampa abro mi mochila y saco la bolsa con la última masa dulce de doña Teresa. La devoro mientras afuera asoman las primeras casas, los primeros edificios, los primeros semáforos. También la lluvia intensa. Voy con la cabeza apoyada en la ventana, observando las gotas que se juntan del otro lado del vidrio y forman pequeños riachuelos. Duran apenas unos segundos antes de ser desintegrados por el viento en contra.

He imaginado cómo será el día cuando se me acabe el dinero y el problema se vuelva serio, acaso el mayor que haya enfrentado en mi vida, pues se tratará de comer y de hallar un lugar donde dormir. Lo primero se ve menos complejo: entre los cupones de descuento, las ofertas del día y el uso y abuso del *refill* (en los Subway, de preferencia) podré soportar o al menos demorar el instante en que llegue a 0.00 en mi bolsillo. Imagino que habrá días en que con el desayuno y un yogurt al final de la tarde será suficiente. Cerca del hotel, caminando hacia el centro de Tampa, hay una pizzería llamada Eddie & Sam's, y más relevante que, como anuncian, la masa sea hecha con agua traída de Nueva York, es que puedes conseguir dos trozos bastante generosos por cinco dólares. Al costado hay un estante con cajas de cartón para que te lleves lo que no has podido comer en el local.

La pizzería tiene televisores grandes en los cuatro costados. Cada uno sintonizado en un canal distinto, sin volumen y con subtitulado instantáneo. Los baños son grandes y limpios. No hay guardias paqueando a la gente que entra sin haber consumido.

Para dormir quizás se haga cuesta arriba. Cuando se acabe la reserva del hotel, podré pasar el día vagando por los parques, por el campus de la universidad o leyendo en las bibliotecas públicas hasta tarde (sin contar la opción de anotarme en cursos gratuitos o asistir a seminarios de cualquier materia donde ofrezcan café y galletas). ¿Pero en la noche? Aún no sé si el terminal de Greyhound en Tampa es igual al de

Miami. Ojalá sea grande y pueda camuflarme entre los pasajeros que esperan los buses de madrugada. Sería uno de ellos, uno de los que aguardan entre los asientos, con la diferencia de que mi bus nunca va a aparecer. No suena tan descabellado a la espera de que se me ocurra una cosa mejor. Incluso podría visitar a Tatiana, quedarme con ella en su hotel y correr mi reserva mientras esté fuera. Ganaría un par de noches, pero eso no será suficiente. La rusa seguirá su camino en algún momento. Tengo siete días para pensar qué haré cuando llegue la noche del octavo.

El bus entra en avenidas, bordea plazas y así va disminuyendo la velocidad hasta estacionarse en un andén protegido de la lluvia. El chofer anuncia que hemos llegado a Tampa Downtown. Añade que la parada será de veinte minutos antes de proseguir rumbo a Orlando, y luego a Savannah. Allá habrá cambio de chofer para continuar a Nueva York.

Había olvidado por completo ese detalle. ¿Cuántos de los valientes que subieron en Miami llegarán allá? Creo que dos o tres. El resto se bajó y ahora es mi turno. Me despido del chofer con una seña y entro a la sala del terminal. Es mucho más grande que la de Miami. Tiene baños amplios, varias máquinas expendedoras y cuatro largas corridas de asientos donde echarse a dormir sin molestar a nadie. Es bueno saber esto ahora, antes de que llegue al hotel y me saluden los recepcionistas y me pregunten si tengo una reserva y les diga mi nombre y mi apellido. Tendré la habitación más simple, la con peor vista, y de seguro diseñada con la intención de mantenerla siempre en oferta. Para entonces el aguacero se habrá detenido y Tampa quedará por un instante envuelta en ese silencio que envuelve a todas las ciudades cuando para de llover. Dura unos pocos segundos, pero es un silencio absoluto, que afecta a las personas y les hace sentir que el agua las ha limpiado un poco, que les quitó cosas malas de encima. Me gustaría ser como ellos.

Daytona, febrero, 2017
Ñuñoa, junio, 2019

Edición en formato digital: agosto de 2020

© 2020, PATRICIO JARA
© 2020, © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789563841862

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl